

PUNTO ROJO

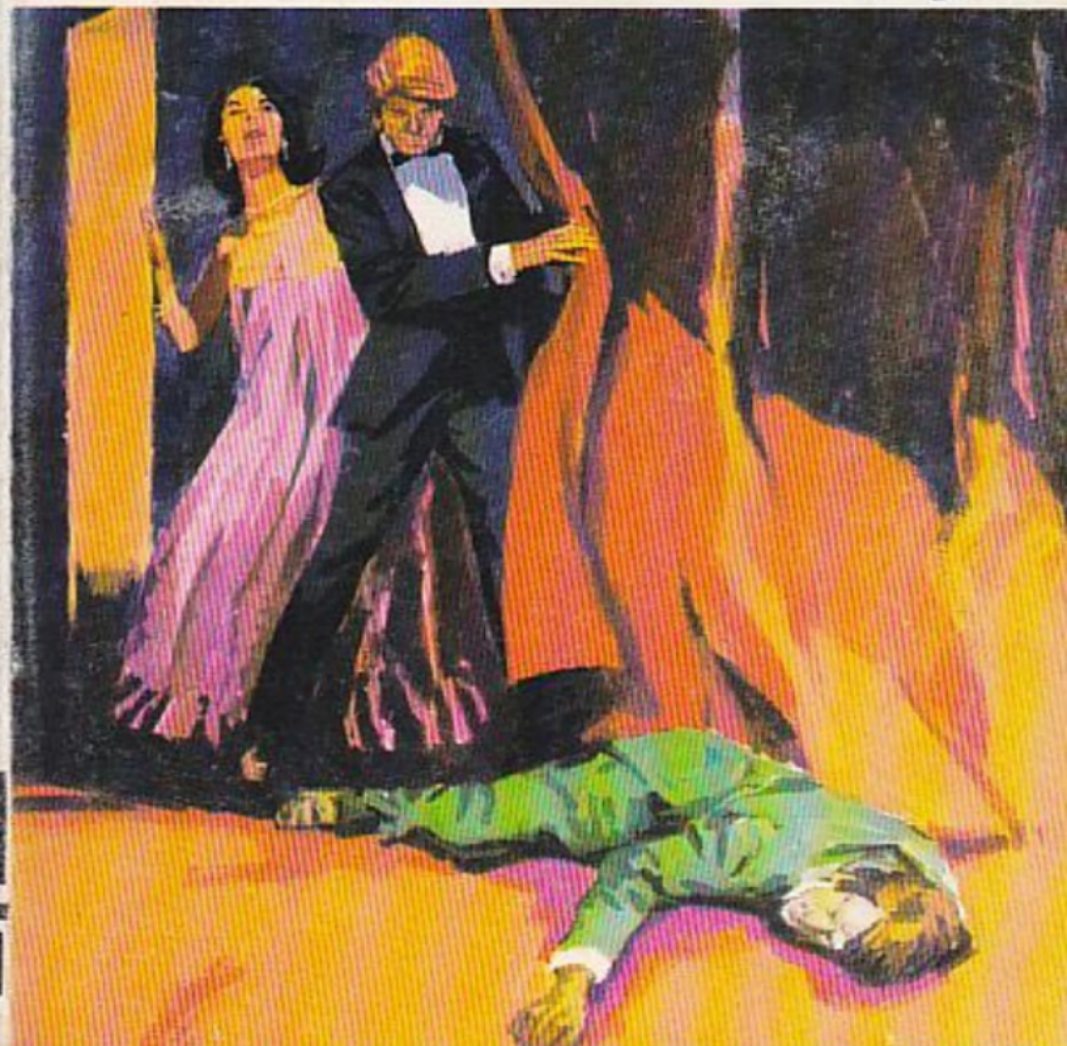
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

POLICIACO

FRIO EN EL ALMA

Lem Ryan



PUNTO ROJO

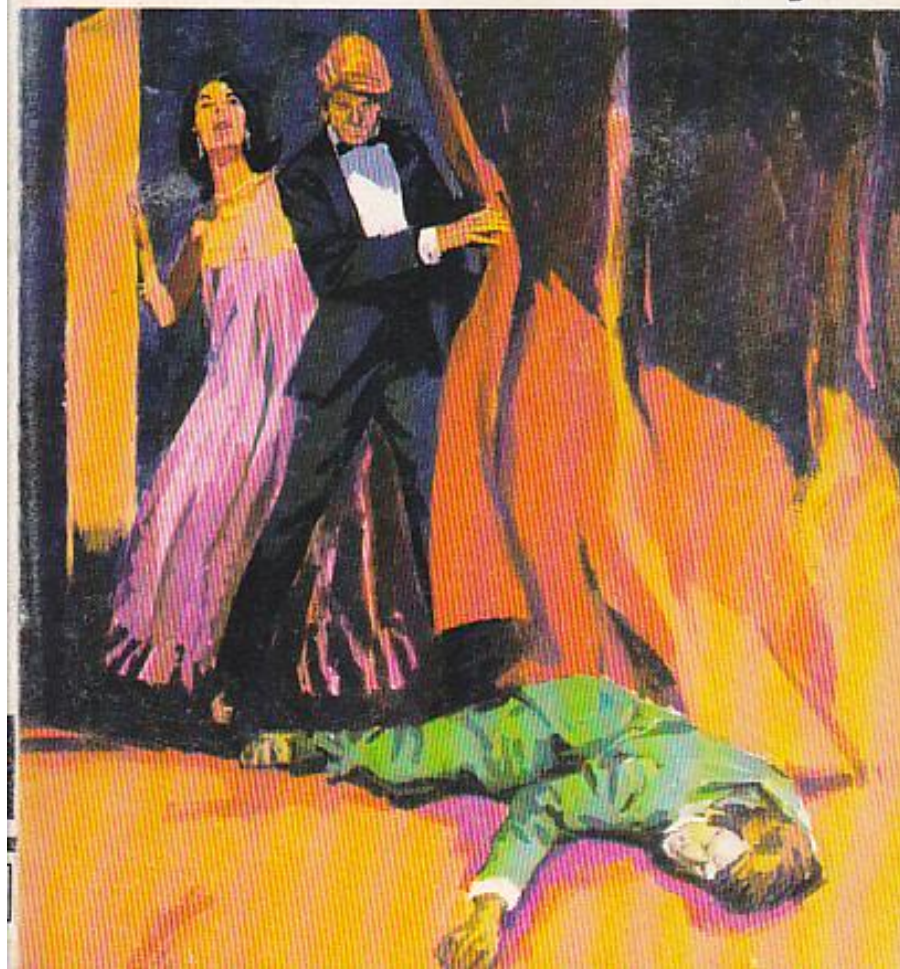
**BRU
GUE
RA**

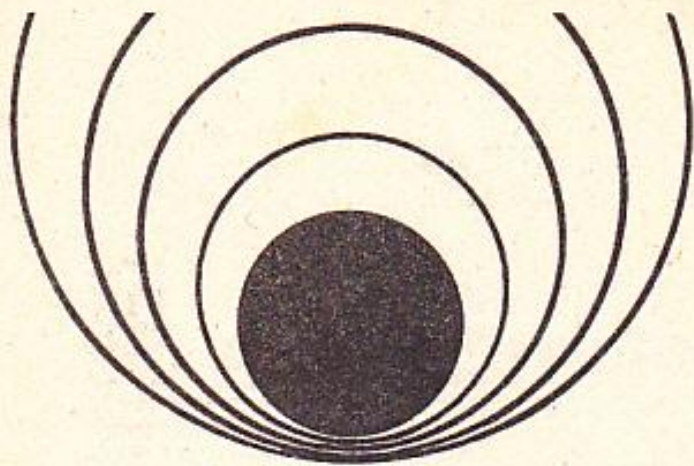
BOLSILIBROS

POLICIACO

FRIO EN EL ALMA

Lem Ryan





PUNTO ROJO



LEM RYAN

FRIO EN EL ALMA

Colección PUNTO ROJO n.º 1.158 Publicación semanal

ROJO

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS
COLECCIONES DE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Héroes del Espacio

Selección Terror

ISBN 84 02 02520 X Depósito legal: B. 30.839 1984

Impreso en España Printed in Spain

1. * edición en España: octubre, 1984 1.* edición en América: abril,
1985

© Lem Ryan • 1984

texto

© Lozano - 1984

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA S
A. Camps y Fabrés. 5

08006 Barcelona (Espada)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del
Vallés (N

152, Km 21,650) Barcelona 1984

PROLOGO

EL ARTE DE MATAR

Dashiel Hammet nunca creyó en esas estúpidas divisiones —estúpidas, sí, porque el tiempo se ha encargado de demostrarlo— que alguna gente hace calificando a cierto tipo de literatura como «géneros menores». Tal vez por eso consiguió que la novela policíaca alcanzase unos niveles de calidad y, sobre todo, de respeto, que nunca antes poseyó y que ahora todo el mundo reconoce. Sus novelas marcaron estas diferencias; entraron en una época en que sin duda eran necesarias y, al mismo tiempo, esperadas. Ya nadie creía en los rígidos detectives decimonónicos, en el asesinato aburguesado y simplón que hasta entonces era el eje central de todos los relatos de misterio.

Con él, Sherlock Holmes, el más grande de todos los detectives, héroe imperturbable y excéntrico, eterno fumador de opio y violinista en los momentos de intensa concentración, colgó su viejo macferlán a cuadros y sonrió con ironía desde su casa en Baker Street, Auguste Dupin, el primero, el precursor, enarcó una ceja, divertido, y Hércules Poirot admitió que sí, que tal vez ya necesitaban la jubilación, después de tanto luchar contra el crimen. Con él, nació el innominado agente de la Continental de *Cosecha Roja*, el atractivo pero diabólico Sam Spade, capaz de acostarse con la mujer de su mejor amigo y de entregar a la policía a la mujer que ama en *El Halcón Maltés*... El detective acomodado y famoso deja paso a los duros y violentos héroes de Hammet, contradictorios y limitados como cualquier ser humano, que dan y reciben como todo hijo de vecino. El detective salió a la calle, a la miseria, a la cruda y feroz realidad; y el asesino también, que se dejó de pamplinas para liarse a tiros sin ningún tipo de formulismo. Nacía así el *hard-boiled* americano, rebautizado más tarde en Francia como «novela negra».

Y si Dashiel Hammet, el ex agente de la Pinkerton, alcohólico y mujeriego, fue el primer escritor que usó la violencia como tema principal en sus obras, Raymond Chandler fue el segundo, y gracias a él se enriqueció aún más la nueva tendencia de la literatura de suspense. Si Hammet trazó nuevas vías, Chandler las mejoró, las perfeccionó... Y lo hizo tan bien, al parecer, que el personaje que él creó, Phillip Marlowe, solitario, creyente verdadero de la justicia, sarcástico y repetidor incansable de jugadas de ajedrez aparecidas en los periódicos, sentó las bases del actual detective privado, tanto literario como cinematográfico. Marlowe es un caballero andante con un muy particular código de honor, un metomentodo que siempre introduce las narices donde no debe y que no cede aunque se las rompan; un tipo duro que se derrite con la tierna mirada de una mujer

hermosa... Marlowe es, en fin, Marlowe.

Quisiera creer que esta obrita cuyo pórtico dedico a tan grandes maestros con toda humildad consigue atraer el verdadero espíritu del *hard-boiled*. No soy yo el más adecuado para decir si es así o no.

El lector tiene la palabra...

EL AUTOR

CAPITULO PRIMERO

Conocí a Vivian Lander en la universidad.

Para entonces, yo estudiaba Derecho, pues no podía defraudar a mis padres, y trabajaba como repartidor en un periódico de Los Angeles, conduciendo una vieja furgoneta que se calaba cada dos por tres y que me dejó varias veces tirado en plena calle, con el motor hecho trizas y los periódicos sin repartir. Un infierno, vamos, porque lo último que deseaba yo era ser abogado, y porque aquella maldita furgoneta me traía amargado. Las clases eran aburridísimas y estudiaba como un loco durante todo el día y parte de la noche, para a la mañana siguiente pasarme horas enteras al volante, recorriendo siempre las mismas calles, parándome en los mismos lugares... No me quedaba tiempo ni para leer por completo las columnas deportivas de aquellos mismos diarios que siempre llevaba detrás...

Tal vez como consecuencia de todo eso, apenas tenía amigos en la universidad. Mis contactos con los demás alumnos eran escasos, por no decir nulos, y mi carácter seco y a veces agresivo en nada me ayudaba a ganarme simpatías, sino más bien al contrario. Mi fama de persona intratable fue creciendo a lo largo del primer curso, para afianzarse ya en el segundo y ser casi un axioma desde entonces.

Pero a mí no me importaba...

Yo seguía estudiando, trabajando y aburriéndome sin parar, quemando tal vez mi juventud según algunos, labrándome un porvenir según otros, entre los que se encontraban, por supuesto, mis padres. No es que yo pensara como los primeros. Ni mucho menos. Simplemente, aquello no era lo mío, y el fuego juvenil que corría por mi sangre se rebelaba, alterando mi ánimo, como supongo que sucede con todos los que se han encontrado o se encuentran en la misma situación. Es una etapa dura, que queda muy marcada en lo más profundo de nuestro espíritu...

Por extraño que parezca, fue Vivian Lander la única que me comprendió en aquellos días difíciles, la única que vio en mí cosas que ni yo mismo sospechaba, que abrió ante mí puertas hasta entonces cerradas, mundos de ilusión y esperanza en los que me sumergí con loca pasión. No creo en el destino, pero agradezco con toda mi alma que nuestros caminos se cruzaran, porque nos necesitábamos mutuamente...

Vivian era una muchacha encantadora y extraordinariamente inteligente. Tanto, que todavía me extraña que no hubiese optado por una especialización en ciencias, en lugar de elegir la carrera de picapleitos. Despierta y segura de sí misma, sabía lo que quería y estaba segura de conseguir todo lo que se propusiera, por imposible que pareciese. Si a todo esto le añadimos la inmensa fortuna de sus progenitores, una belleza poco usual, un torrente de simpatía y unos brillantes ojos azules, tendremos a Vivian Lander.

Era todo eso, no cabía duda... y mucho más. No tardé en comprobarlo, dándome cuenta de que no me hallaba ante la típica *upton girl*, fría y lejana como una estrella, sino ante una mujer sencilla, alegre, joven, que se interesaba por mí, que no hizo caso de lo que se decía sobre aquel muchacho huraño y malhumorado que era yo.

Nos tratamos, nos comprendimos...

Nos amamos...

Me enamoré de ella, debo confesarlo. Y ella de mí, supongo, aunque nunca llegó a

sincerarse conmigo sobre ese punto. Fuimos amigos ante todo. Nuestro amor fue en silencio, pero no hacían falta las palabras cuando nuestras miradas se cruzaban. Yo leía en sus ojos, como ella en los míos, y lo sabíamos todo sin necesidad de abrir los labios.

Fueron los meses más felices de mi vida, aunque siguiese estudiando Leyes y continuase en aquel trabajo que aborrecía. Nos veíamos en clase y fuera de ella, a cualquier hora, reíamos juntos, nos emborrachábamos de pasión.

Lástima que no durase, porque fue bonito...

Sucedió lo de Vietnam... y ya nada fue igual... A mi regreso, muchas cosas habían cambiado. Sobre todo, yo mismo. Y Vivian, que había oído demasiadas atrocidades sobre aquella maldita guerra para ignorarlas. No es necesario que me extienda más en ello.

Nos despedimos como amigos, como lo que siempre fuimos, casi un año más tarde. Ella se marchaba a

Francia, «para pensar», según me dijo. Yo continué en Los Angeles...

Pasaron los años y no volví a verla. Ya no soy el muchacho que trabajaba como repartidor, ni estudio para abogado... El tiempo ha transcurrido despacio y no volvió a unirnos, ni esperé que lo hiciese.

Y, sin embargo, aquí está...

* * *

Ella...

Es ella...

Aturdido, no puedo apartar los ojos de la figura que ha aparecido al otro lado del umbral.

Aunque han sido muchos los años, aunque el tiempo la ha cambiado y ha alterado la imagen que todavía conservaba muy dentro de mí, la reconozco al instante.

—Vivian...

Ella sonrío. Sus ojos brillan al verme, y yo no puedo dejar de mirarla, sin creer aún que todo sea verdad, que Vivian está aquí, delante mío.

—Hola, Vernon...

Ha sido apenas un susurro, pero me ha devuelto a la realidad. No cabe duda alguna acerca de su presencia. Sonríó, algo forzado, intentando enmendar mi estúpida actitud, y la invito a entrar.

La admiro en silencio mientras traspasa el recibidor. Está más hermosa que nunca. Sus cabellos caen en dorada cascada sobre sus hombros y espalda, como fuego cegador bajo la luz de la mañana que entra por las ventanas. Viste con exquisita elegancia, como siempre. En eso no ha cambiado...

Lo mira todo con interés. La casa, mi apartamento en el piso 18 de este enorme building está llena de luz y decorada según mis gustos y preferencias. Supongo que todo ello lo valora con una sencilla ojeada, mientras desciende los cuatro escalones que llevan hasta el living y se sienta en el gran sofá semicircular que hay en medio.

—¿Brandy, champán...? —pregunto de pronto, dirigiéndome al mueble bar.

—Nada, gracias —niega con la cabeza, sonriendo nuevamente, tras un momento de duda—. No... No bebo.

Yo sí me preparo algo. Cae el chorro dorado del bourbon en una copa de cristal y pienso. A mi memoria acuden los recuerdos como flashes, sin orden ni concierto. Parecen tan lejanos, y sin embargo, no lo son tanto.

Vivian me mira al acercarme al sofá. Coloco la copa sobre una pequeña mesita de vidrio que hay enfrente, donde una extraña escultura hecha con finísimas varillas de metal parece mirarnos, y me siento en la otra punta del semicírculo, de cara a ella.

—Hace mucho tiempo que no nos veíamos, Vivian —comentó entonces—. Pero tú sigues igual. No has cambiado.

—No lo creas, Vern —suspira—. El tiempo siempre cambia a la gente. Nos obliga a pensar, a preguntarnos cosas, y nos hace verlo todo de otra manera. Todos cambiamos, aunque nos pese.

—¿Eso ha sucedido contigo?

—Sí, y contigo, supongo.

Tiene razón, pero es duro reconocerlo. Por eso permanezco en silencio y bebo un pequeño sorbo de este sabroso bourbon. Lo paladeo instintivamente. Es una costumbre que he adquirido a fuerza de probarlo. Me echo hacia atrás, apoyando la espalda contra el respaldo del sofá y el brazo izquierdo sobre él. Las preguntas se amontonan en mi cerebro.

—¿Qué tal París?

—Maravilloso —sonríe encantadoramente, con algo de nostalgia—. Deberías ir allí...

—Tal vez lo haga —asiento con la cabeza, mirándola después de arriba abajo—, ¿Hace mucho que has vuelto?

—Sí, mucho —responde, repentinamente turbada.

—Y vienes ahora...

No hay reproche en mi voz. Tampoco hay motivo, después de todo.

Nos separamos sin rencores, sabiendo que todo había acabado, y si no vino antes, tampoco yo me interesé por saber qué era de ella.

—Pensé que era lo mejor...

—Tienes razón: era lo mejor; pero no sigamos ha blando de ello. Me alegro de verte, y mucho... Cuéntame... ¿Qué ha sido de ti?

Se sonrojan sus mejillas. Mis miradas la inquietan. Tal vez piensa en toda la felicidad que se rompió en Vietnam, en el amor que aquella guerra absurda destruyó. Tal vez recuerda el fuego que nos abrasaba cuando estábamos a solas, la pasión que ella enfriaba con sus temores...

—Me he casado.

—Lo suponía.

Era mentira. Sin embargo, lo disimulo bien. Es posible que esperase algo parecido, pero nunca pensé en ello. El tiempo hizo que la apartase de mi pensamiento, que la olvidase.

Ahora me alegro de que eso pasara.

Vació la copa de un trago y la dejó sobre la mesilla.

—¿Y quién es el afortunado?

—Se llama Frederick... Frederick Barness...

—¿Tengo que llamarte entonces «señora Barness»?

—No lo permitiría —rechaza con una sonrisa—. Para ti soy sólo Vivian, como siempre.

Poco importa el tiempo, ni este anillo... Y para mí tú siempre serás Vernon, mi querido Vern.

—Vern... —el recuerdo me hace sonreír a mí también—, Así me llamabas, porque no te gustaba mi nombre entero. Preferías suprimir parte de él, para que sonase bien en tus labios.

—¿No sonaba bien? Vern... Vern...

Me levanto. Empiezo a sentirme incómodo. No consigo imaginar cuál es el motivo que la ha traído hasta mí pasado tanto tiempo. Quizá sólo quiere, verme, hablar con un antiguo amigo, recordar lo que en otro

tiempo fue grande y que ahora no existe.

—¿Ya ti? ¿Qué tal te van las cosas?

No es una simple pregunta de cortesía. Tiene interés por conocer más cosas sobre mí.

Supongo que sabe más de lo que yo imagino, pues ha averiguado mi dirección, y para encontrarla ha debido buscarme.

—Bien —es mi ambigua respuesta—. No me puedo quejar. Los editores confían en mis trabajos, las productoras aceptan mis guiones... Y poco a poco suben las cifras de mi cuenta bancaria. ¿Tampoco aceptarás un cigarrillo?

—Sí —accede ella, riendo—, lo aceptaré.

—Antes no fumabas...

Mi observación arranca nuevas risas en sus labios. Mientras habla, tiendo hacia ella la odiosa pitillera de plata que me regaló Gwendy, una «amiga» muy íntima. Me gusta el lujo, debo reconocerlo, pero odio los ademanes afectados, los rígidos modales imperturbables de la *jet-set*. Y ahora soy yo quien los usa...

—Antes... *Ahora* sí fumo. Me he convertido en una viciosa...

Me sonrío con picardía. Se lleva el pitillo a los labios y acepta la llama de mi encendedor para que lo encienda. El azulado resplandor del gas contrasta con el rojo sangriento de su boca. Su maquillaje es tan leve que apenas se nota.

—Es increíble —comenta, después de soltar el humo—. Nunca me dijiste que lo tuyo era en realidad la literatura. ¿Era un secreto?

—Ni siquiera yo lo sabía —niego con un suspiro, encendiendo un cigarrillo para mí—, Lo descubrí mucho después.

—He leído algunas de tus novelas. Son muy buenas... Quizás demasiado crudas, demasiado realistas y violentas, pero profundamente humanas. Me gustaron mucho.

—Por fortuna, los críticos opinan lo mismo...

No me gusta hablar de mí. No es modestia, sino un extraño sentimiento de rechazo a comentar todo lo que se refiere a mi persona. Soy demasiado celoso de mi intimidad. Por eso agradezco a

«Best» que nos interrumpa.

«Best» es mi gato, un hermoso felino romano de abundante pelaje gris azulado y ojos verdes. Camina con aire aburrido hasta el sofá, relamiéndose continua mente. Vivian, al verle, me pregunta por él y le coge con sumo cuidado, comentando lo enorme que es. El animal protesta, intentando escapar, y sus gruñidos la asustan. Le deja libre.

—No arañará, ¿verdad?

—Todos los gatos arañan, querida —sonríó con cierta ironía—. Para eso tienen las

uñas. Pero no temas: «Best» todavía no come carne humana...

—No sabes cómo me tranquilizas —suspira, apartándose a pesar de todo; deja que

«Best» se olvide de ella y se tienda indolente en el sofá, mirándola con ojos inexpresivos—. De todas formas, es demasiado grande para mi gusto y le tengo respeto a esas zarpas.

Termina poniéndose en pie. «Best» bosteza, enseñando durante unos instantes unos colmillos realmente temibles, puntiagudos y de casi un par de centímetros. Tengo un par de señales suyas en mi brazo, recuerdo de una venganza que ese huraño animal llevó a cabo con furia asesina un día en que le pisé el rabo sin querer.

—El sábado organizamos un banquete, Vern —me dice, acercándose—. Quiero que vengas...

—¿Un banquete? —Estoy a punto de reír. Sé que

no está bien, pero...— ¡Vivian, no me gustan esas cosas y lo sabes! La vida social me aburre, me da asco...

Ya no sonrío. Me lo pide con la mirada, rogándomelo casi.

—Hazlo por mí. Por favor, Vern, deseo que todo sea como antes...

—Eso es imposible, Vivian...

—¿Vendrás?

Sabe que no lo rechazaré. Por ella... Por mí... Por lo que hubo entre los dos, iré.

—Sí...

CAPITULO II

Bonita fiesta.

Puedo ver en ella a personas importantes, famosas por uno u otro motivo: hombres de negocios, actores, cantantes, presentadores de televisión... Muchos de ellos residentes en Hollywood y sus alrededores. Todos conocidos, todos aparecidos miles y miles de veces en las revistas de todo el mundo, ídolos de carne y hueso para la gente sencilla.

Y entre ellos está Frederick Barness, el marido de Vivian, nuestro anfitrión.

Probablemente el único al que yo no conocía hasta ahora. Sin embargo, se codea con los demás, charla con ellos como si todos fuesen íntimos amigos suyos. Un tipo curioso, sin duda alguna.

Vivian nos presentó antes, al llegar yo. Tiene aspecto de galán de cine y una sonrisa bañada en dentífrico. No se detuvo apenas para saludarme y desearme que lo pasase bien. Estoy seguro de que ni siquiera escuchó mi nombre.

Miro en rededor. Tal como sospechaba, me estoy aburriendo mortalmente. A mi lado, una hermosa actriz que no hace mucho obtuvo una nominación para el Oscar me habla del último guión que presenté en la Paramount. Opina y opina sobre él, haciéndome ver lo bueno y lo malo que ha encontrado al leerlo, indicándome las cosas que deberían cambiarse...

Estoy a punto de bostezar pero no lo hago por educación. En lugar de eso, sonrío aún más ampliamente y admiro sus encantos con todo descaro. Ella no parece darse cuenta y sigue hablándome del guión con una erudición que jamás hubiese creído que poseyese.

¡Es para desesperarse!

Menos mal que ya se acerca Vivian, porque en cualquier momento puedo soltar una grosería y no deseo que eso suceda...

—¿Puedes dejármelo un momento, querida? —pregunta, irónica.

—Por supuesto, Vivian —sonríe la otra, mirándome—, Luego seguiremos hablando, señor Chandler.

—Por supuesto... Luego.

Suspiro cuando se aleja, aliviado. Vivian me observa, burlona, y le es imposible contener la risa. Lleva en la mano un vaso de whisky y sospecho que está algo bebida. Sus ojos brillan...

—¿Te diviertes?

—Si esto es lo que tú entiendes por diversión, no puedo imaginarme lo que será el aburrimiento —opino, cáustico—. Si sigo aquí es sólo por respeto a mi palabra.

—¿Y qué entiendes tú por diversión?

—Tal vez algún día te lo diga...

—¿Y por qué no me lo dices ahora?

¿Me está desafiando, acaso?

—Te escandalizarías.

—¿Escandalizarme, yo?

Sí, está bebida. Esa alegría es sólo un espejismo provocado por el alcohol...

—Creí que eras abstemia —observo, señalando el vaso que tiene en la diestra.

—Estamos en una fiesta, y en las fiestas se bebe.

Si sigue empapándose el estómago con whisky terminará borracha. Le quito el vaso sin brusquedades y tiro su contenido. Ella me observa sonriente.

—Las fiestas son para divertirse, no para emborracharse.

—¿No es lo mismo?

—No, pero estoy de acuerdo en que hoy sería mejor emborracharse.

—Emborrachémonos, entonces.

Dejo el vaso. Los demás no nos prestan atención. La mayoría han salido al jardín, buscando la fresca brisa nocturna. Incluso su marido está fuera, hablando con un par de individuos vestidos de smoking,

como él mismo. Y como yo, todo hay que decirlo.

—No me gustan los borrachos. Y no pienso dejar que tú lo seas esta noche. Salgamos fuera. Necesitas despejarte.

Dejamos la casa. Globos de luz eléctrica iluminan el jardín, las quietas aguas de la piscina, las joyas que lucen las mujeres... Las conversaciones son variadas, y sus temas a menudo estúpidos, por lo que no nos unimos a ninguna.

—Quiero estar a solas contigo, Vern —me pide de pronto, resplandeciente su celeste mirada—. Vámonos...

—¿Adónde?

—Ven conmigo.

Me arrastra casi hasta la zona de sombras, más allá de donde alcanza el resplandor de las lámparas. Nadie se da cuenta de la fuga, aunque no porque Vivian lo haya hecho con disimulo. Está eufórica y en ese estado nadie anda con sutilezas.

Rodeamos la casa. Las voces de los demás son como lejanos susurros que el viento arrastra. El césped es una mullida alfombra bajo nuestros pies. Recortadas en un fondo de pálidas estrellas se ven las oscuras siluetas de los rascacielos, alzándose en Los Angeles como orgullosos gigantes con docenas de brillantes ojos.

Su mano tira de mí. De pronto, se para y me mira. Sólo la luz de la luna permite que nos veamos mutuamente. Se abraza a mí con sorprendente ímpetu, dejando de lado ya la hipocresía. Sinceramente, esperaba algo así, pero lo achaco al alcohol, a las nieblas que enturbian sus pensamientos.

—¡Oh, Vern, cuánto tiempo hace que esperaba este momento...! —susurra con un jadeo apasionado. Su corazón late aceleradamente. Lo noto—. ¿Por qué fuimos tan tontos? ¿Por qué nos separamos?

La aparto de mí con suavidad. Parece esperar una respuesta y yo no tengo ninguna.

—No lo sé, Vivian, pero ya es tarde para rectificar...

—Nunca es tarde.

Su réplica me deja helado.

—Estás casada...

—¿Y qué? ¿Será eso un obstáculo para nosotros? Olvídalo. Una vez me dijiste que sólo te importaba yo, que el mundo podía estallar con tal de que estuviésemos juntos... ¿No sigues pensando igual? Somos tú y yo, como antes, solos los dos, y no hay nada más. Para mí, no...

Está apoyada en la pared posterior de la lujosa casa, muy cerca de una ventana cerrada tras la cual sólo hay oscuridad. La deseo... La deseo con locura. No sé si es amor lo que

todavía late muy dentro de mí o sólo la pasión que ha despertado con su proximidad, pero tampoco me importa.

Nos besamos salvajemente. Mis labios quieren saciarse de ella, buscan el fuego que arde en los suyos con frenesí. Tiene razón. Yo también esperaba que esto sucediera algún día, aunque me lo negaba a mí mismo.

Jadea entre dientes cuando mi diestra estruja materialmente sus senos ocultos por el vestido de raso rojo. Su vientre, sus muslos, rozan los míos con creciente ardor. Mi cabeza estalla. Sería capaz de tomarla aquí mismo, y estoy seguro de que ella no protestaría, pero algo nos detiene a ambos.

—Espera... —musita con voz entrecortada junto a mi oído, agitada su respiración—.

Aquí no... Este no es el momento. Más tarde...

Con un gruñido me separo de ella. Me ha encendido la sangre, pero no digo nada. Tal vez en el fondo tenga más escrúpulos de lo que suponía...

Vivian también está acalorada. Tiene las mejillas enrojecidas y los ojos brillantes.

Suspira cuando se aparta de mí. Tampoco a ella le hace gracia, estoy seguro, pero resultaría incómodo para los dos que aquél fuera el escenario de nuestros instintos desatados.

—¿Mañana?

Accedo con un movimiento de cabeza y me marcho luego en silencio, sin esperar a que ella me acompañe. Resultaría embarazoso que nos vieran salir juntos. Causaría celos nada agradables.

La diosa Fortuna parece sonreímos. Nadie se percata de mi regreso. Ni siquiera parecen haber notado mi ausencia. Siguen con sus charlas triviales y sin interés para mí, propias de estas reuniones frívolas. Barness, el anfitrión, continúa una grave y al parecer tensa conversación con los mismos invitados de antes, un par de poderosos magnates de Los Angeles, con altos cargos en sendas multinacionales. Su rostro refleja una preocupación evidente, y tal vez algo de furor.

—¿Dónde se había metido, señor Chandler? —oigo una voz de mujer a mi lado—. He estado buscándole...

Mi mal humor crece. Esa mujer otra vez... ¡Como vuelva a hablarme de guiones...!

Sonríe con ese encanto que siempre pone la actriz en sus labios delante de la cámara.

Está como un tren, maldita sea...

—Pues ya me ha encontrado —rezongo, esforzándome por sonreír.

Veo a Vivian, que ha vuelto también. Evita acercarse cuando descubre que estoy acompañado por esta pesada.

—¿Hace mucho que conoce a Vivian?

Atrae mi atención su pregunta. Está de espaldas a ella y no puede verla.

—Sí, mucho...

—Es una mujer encantadora —afirma, sin dejar la sonrisa—. Yo también la conozco desde hace años. Es todo simpatía y dulzura, pero demasiado inestable. Ama con todo su ser, y eso en estos tiempos puede ser su perdición.

—¿Usted cree?

No me responde. En lugar de eso, me ignora y termina colgándose del brazo de otro invitado, un cantan te de moda que está haciendo furor en todo el mundo con sus

canciones y encanto personal... y con los millones que pone en juego su firma discográfica, por supuesto.

No tarda en venir Vivian, trayéndome una copa de bourbon. Se lo agradezco con una sonrisa.

—Cuando la termine me marcharé —afirmo—. Será lo mejor.

—Pero...

—Nos veremos mañana.

Vacíó la copa de un trago y se la devuelvo. Ella coge mi mano y parece no querer soltarla, pero finalmente lo hace. A mí me duele tanto como a ella el separarnos.

No me despido de nadie y sólo miro atrás una única vez, antes de llegar a mi automóvil para salir de la propiedad de los Barnes. Vivian me sigue con la mirada... Después, se da la vuelta para atender a los célebres personajes que están en su casa. Y yo me voy.

CAPITULO III

Todavía no acabo de creer que todo sea verdad.

Ha sucedido todo tan rápido que a veces tengo la sensación de que ha sido sólo un sueño, la realización onírica de mis más locas fantasías. Pero en el fondo sé que estoy en la realidad, y no sumergido en un mundo de deseos insatisfechos y demenciales alegorías freudianas. No puede ser todo una ilusión que se desvanecerá como bruma al despertar.

Ahora mismo, yo estoy aquí, sentado en el sofá, semidesnudo, encendiendo un cigarrillo. Soy real. Y también lo es el cigarrillo. Y las hojas manuscritas que hay sobre la mesilla, que después mecanografiaré. Somos reales, y no sueños, aunque en esas hojas tengan cabida ambas cosas: realidades y sueños, verdades y mentiras...

Flota en torno la música del *Tubular Bells* de Mike Oldfield, saliendo de los altavoces estereofónicos del hilo musical. Arrulla mis pensamientos, me tranquiliza... Aspiro el humo casi con ansia. Hace ya varias semanas desde el día en que Vivian Lander apareció en mi puerta. Semanas de dudas y temores inconcretos, de luchas internas y pasiones arrolladoras. Mi mente sigue confusa, sin entender las razones de muchas cosas.

Sin pretenderlo, recuerdo lo que pasó en aquella reunión social, allá, en la finca de los Barness. No es que me arrepienta de nada. No es ése el motivo por el que mis pensamientos vagan en el tiempo, recorriendo los engañosos caminos de la memoria. No me arrepiento. Ni tampoco pretendo borrar esos recuerdos. Sólo busco una respuesta...

Una respuesta que sólo ella conoce.

¿Por qué ha vuelto a mí?

* * *

—Porque te quiero —fue la respuesta que recibí de sus labios cuando le hice esa pregunta al día siguiente de la famosa fiesta—. Nunca quise a nadie como a ti. Ya sé todo eso de que han pasado muchos años, que las cosas han cambiado, que ya no somos unos críos románticos, que estoy casada y todo lo demás, pero a mí no me importa. Te amé y estoy segura de que puedo volver a amarte con toda mi alma. Y sé que tú también puedes amarme como antaño.

Estábamos en una playa de Santa Mónica. Ella había querido que aquella mañana fuésemos allí, como fuimos muchas veces años atrás, cuando éramos unos muchachos enamorados. Nostalgia. Se veía en sus ojos. Cuando salió del coche, se quedó mirando el mar.

—¿Tienes miedo de acostarte con una mujer casada, acaso?

—No —negué, abandonando el interior del Ford y acercándome a ella—. Tu marido me importa un rábano. Me preocupas tú. ¿Por qué quieres hacerlo? ¿Por qué engañar a tu marido? Si fueras feliz no lo intenta rías siquiera, estoy seguro. Ni conmigo ni con nadie.

—Feliz... —suspiró, volviéndose hacia mí—, ¿Es posible encontrar la felicidad. Vern?

—Supongo que sí.

—Entonces seré feliz a tu lado.

Sus bronceados brazos rodearon mi cuello, jugando sus dedos con mis cabellos, acariciando mi nuca con las largas y manicuradas uñas. Los ojos azules estaban fijos en mi propia mirada, como si pretendiese que leyese en ellos cuanto había en su corazón. Tenía profundas ojeras, un feo recuerdo de la noche anterior, en la que no paró de beber sin duda.

—¿Me quieres, Vern?

—Sí.

Mentía. En realidad, no lo sabía. No estaba seguro de nada, como tampoco lo estoy ahora. La confusión dentro de mí es absoluta y no comprendo mis propios sentimientos, pero en aquel momento no quise dañarla.

—Tal vez sea cierto que el amor es más fuerte que el tiempo. E incluso más que la muerte. Ya sé que ahora eso parece una tontería, pero...

No dije nada. Sólo la miraba y mi corazón latía más fuerte. Vivian me soltó entonces.

¡Se había ruborizado como una colegiala! Me eché a reír y ella rió también. Después, echó a correr hacia la playa.

La vi hacerse cada vez más pequeña, agitados sus cabellos y vestiduras por la brisa marina. Se quitó los zapatos de fino tacón al llegar a la

dorada arena y caminó descalza sobre ella. Me llamó entonces, gritándome que fuese con ella.

La ensenada estaba desierta. No era aquella parte de la costa un lugar muy transitado en Santa Mónica, y lo sabíamos. Se halla demasiado lejos del casco urbano. Me pregunté cuántos pecados carnales habrían visto aquellas aguas del Pacífico, tranquilas y serenas en su soledad.

Cerré el coche, guardé las llaves y fui hacia ella, sonriente. Mientras. Vivian se desnudaba. Su piel brillaba bajo el sol como si fuese de puro oro. Su cuerpo era perfecto, de suaves curvas que yo ansiaba acariciar a cada paso que daba. Mi frente ardía al verla. Y

ella me esperaba con los brazos abiertos, anhelante su pecho, con las ropas arrugadas a sus pies.

Me acerqué y ella huyó, zambulléndose en las cálidas aguas. Yo quedé inmóvil donde dejara sus vestiduras, siguiéndola con la mirada. Vivian estaba jugando con fuego y al parecer eso la divertía. A mí también, lo reconozco, aunque al mismo tiempo me molestaba.

Con fría medida, me desnudé y dejé mis ropas en el mismo sitio donde estaban las suyas. Ella siguió mis movimientos desde el agua, rió y volvió a llamarme. Mi sangre hervía. Y estoy seguro que la suya también, pese a sus risas e insinuaciones.

Parecía una bella sirena, con los cabellos empapados y la piel mojada centelleando como plata líquida, perlada de saladas gotas que resbalaban por ella. Caminé hacia donde estaba. Las olas acariciaron mis pies.

—No huiré esta vez, amor mío... —me aseguró con voz ardiente—. Ya no... Esta vez soy tuya. Y tú eres mío...

Dijo la verdad. Cuando la abracé, no huyó. Se aferró a mí con todas sus fuerzas, besándome, acariciándome, mordéndome incluso... Pero yo no le fui a la zaga. Sentirla tan cerca, tan real, *tan mía*, me volvía loco.

Caímos los dos sobre la arena bañada por las olas. Vivian gemía bajo mi peso. Yo mordisqueaba y besaba aquellos magníficos senos con sabor a sal, notando que toda ella se estremecía con cada movimiento mío y colaboraba activamente. Gozaba de verdad, como nunca antes vi a una mujer, apurando cada instante de placer y abandonándose a él como si no quisiera que aquello acabase nunca.

Fue maravilloso.

* * *

Vivian interrumpe mis recuerdos.

Sale del dormitorio con un *déshabillé* transparente como única prenda. Me mira con una sonrisa radiante, apoyada en el vano de la puerta. Hay picardía en sus ojos azules.

—Encontré esto en un cajón —asegura con voz susurrante, alisando con sus manos la sugestiva prenda a la altura de sus caderas de ánfora —, ¿De quién es? Si puede saberse, claro... ¿La conozco?

—Creo que no.

Sigue oyéndose la música de Michael Oldfield en todo el apartamento, a buen nivel de sonido, el suficiente como para que las notas no ahoguen nuestros pensamientos con un exceso de decibelios. A pesar de todo, no la escucho. Vivian me interesa más en este momento. Cada día está más hermosa. O, al menos, así me lo parece...

—¿Eres acaso de los que necesitan esta clase de cosas para ponerse a tono?

Se acerca a mí, contoneándose intencionadamente, agresiva como una pantera. Yo no me muevo del sofá. Sigo fumando.

—Sabes muy bien que no —contesto—, Pero tampoco voy a decir que me disgustan. En el amor todo está permitido, recuérdalo...

—¿De veras? ¿Y qué tal estoy yo con esta prendita tan mona?

Quiere guerra una vez más, eso es evidente. No ha tenido bastante con la batalla que organizamos unos minutos antes...

Ya está delante mío. Ha retirado la pequeña mesita de cristal donde reposan los folios manuscritos para que no moleste. Brilla el deseo en su mirada. Tiembla cuando nota la mía recorriéndola.

¿Será cierto que está enamorada de mí? ¿La amo yo...? ¡Bah! ¿Por qué me rompo la cabeza con estúpidas preguntas en este momento?

Se sienta sobre mis piernas. Noto la dureza de mis muslos. Sus brazos rodean mi cuello.

La seda del *déshabillé* se ha elevado unos centímetros...

—Divina... —logro articular entonces con voz ronca—. Estás divina...

Ataque como un animal en celo, atrayéndola aún más hacia mí, hundiendo el rostro entre sus pechos duros como el mármol. Vivian ríe, sofocada, acariciando mis cabellos.

Mis manos aprisionan sus rotundos y magníficos glúteos, levantándola casi en vilo. El slip que llevo puesto no es un problema demasiado grande en nuestra situación...

El *Tubular Bells* ahoga nuestros jadeos y gemidos en el momento en que se produce el

delicioso y deseado contacto. Sus poderosas notas llenan el aire, pero nosotros no las oímos. Sumergidos en la vorágine de los sentidos, no nos damos cuenta de que no es ésa la música más adecuada en estos instantes, pero también nos tiene sin cuidado.

Vivian se agita como enloquecida, perdida la noción de todo. Yo me aferré a ella con todos los músculos en tensión. Me besa, me acaricia, me clava las uñas a veces sin querer, tiembla una y otra vez entre mis brazos... Susurra cosas incoherentes, entre suspiros y gemidos de dicha y dolor, diciéndome que me quiere, que me necesita, que no puede vivir sin mí...

Mis sienes zumban. Sé que voy a estallar en cualquier momento, sin poder resistir más... Cierro los ojos y mordisqueo la aterciopelada piel de su cuello, arqueándome víctima de esta dulce agonía. Y ella chilla entonces, moviendo las caderas con frenesí.

Cuando todo termina, se derrumba jadeante sobre mí, relajada pero vibrando aún al sentirme todavía dentro suyo. Ahora sí. Ahora ambos estamos totalmente vencidos, por el momento, y mi orgullo masculino se duele al reconocerlo, pero así es. Y debo confesar que ha valido la pena...

—Te amo, Vern... —musita Vivian, acariciando mis mejillas—. Te amo... Me has dado vida, esperanza, ilusión... Todo lo que había perdido.

No recuerdo dónde he dejado el cigarrillo... Tal vez... Sí, ahí está, sobre la mesilla de cristal. Miro a Vivian. Sigue encima de mí, abrazada a mi torso, la cabeza apoyada en mi hombro.

—¿Por qué no te divorcias?

—¿Divorciarme? —es ahora ella quien me mira y suspira—. Ya se lo planteé una vez a Frederick, cuando nuestro matrimonio empezó a naufragar. Me dijo que no lo consentiría, que yo era su mujer y seguiría siéndolo hasta que alguno de los dos muriese. Fue entonces cuando comprendí que lo único que le interesa es mi dinero. Soy una mina de oro y él lo sabe... Si nos divorciásemos, volvería al arroyo del que le saqué cuando nos casamos.

—¿Entonces...?

—¿Entonces, qué?

—¿Cuánto tiempo podremos aguantar así? —gruño, liberando mis temores—, ¿Un año...? ¿Tal vez más? Toda la vida? ¿Podrías soportarlo tú, acaso? Yo no... ¡No puedo!

—Pero...

Está ahora sentada a mi lado, mirándome muy fija. Hay sorpresa y dolor en su gesto. La sorpresa y el dolor que siempre produce la verdad cuando se libera del encierro donde pretendieron ahogarla.

—Seamos realistas, Vivian —la interrumpo con voz suave, mientras recupero al mismo tiempo mi cigarrillo—. A mi no me preocupa nuestra situación, y supongo que a ti tampoco. Mientras dure, será bonito. Pero algún día acabará, es inevitable, y debemos afrontarlo. Nos descubrirán tarde o temprano... o uno de los dos se hartará de estas relaciones esporádicas, de esta relación tan efímera. Tendrás que elegir entonces: o tu marido... o yo... No quisiera que eso ocurriese, pero sucederá. Estoy seguro.

Silencio. Aguardo tal vez una expresión suya, alguna palabra que me indique hacia dónde se dirigen sus pensamientos. Sus ojos observan el vacío, buscando quizás algo en su propia alma.

—Yo nunca te abandonaré, amor mío —susurra, abrazándose de pronto a mí—.

Nunca...

—¿Le dejarías a él, entonces? ¿Te divorciarías?

—Si eso fuera posible, ¿te casarías conmigo después?

Pregunta delicada.

No dudo.

—Sí.

Nuevo silencio. Ella baja la mirada. La noto tensa como la cuerda de un arco. Sigue pensativa.

—Pero no lo será, Vern —su voz es apenas un murmullo—, Frederick no lo permitirá.

No le conoces. Sería capaz de cualquier brutalidad para impedirlo: incluso matar, estoy segura. He llegado a temerle. Vern, y con motivos...

—¿Qué motivos? —me preocupo entonces.

—Olvidalo —intenta sonreír y sólo obtiene una mueca poco convincente—. Son sólo aprensiones mías. Fred es un poco raro, nada más. Actúa de un modo extraño y a veces me da miedo, pero después me río de mí misma.

—¿Le quieres?

—No.

Tampoco ha dudado.

—El nunca me concedería el divorcio —afirma con voz ronca, acariciándome el pecho, pasando sus dedos de bronce sobre mi piel algo más pálida que la suya—, Pero quizás no sea necesario... Hay... otros métodos...

—¿Otros métodos? —repito—. ¿Separarte, tal vez?

—¿Y renunciar a lo que es mío por derecho? ¡Jamás!

Ha clavado en mí sus ojos. Brillan de un modo extraño, casi maligno. Si no la conociera, pensaría que dentro de su preciosa cabecita danzan retorcidas intenciones. Pero, ¿acaso la conozco de verdad?

—Aunque me viera contigo en la cama y en pleno jaleo, no daría su brazo a torcer —

casi muerde las sílabas al pronunciarlas—. Sólo quiere mi dinero, mis acciones y propiedades. Lo que yo haga le tiene sin cuidado.

Aplasto el cigarro contra el cristal de la mesilla, sin contemplaciones.

No me gustan los derroteros que ha tomado la conversación. Ni esa mirada que sigue taladrándome. Me pone nervioso.

—Perfecto, entonces —intento acabar con ella de una vez, riendo—. Si tu marido piensa así, problema solucionado. No debemos temer nada.

—No, Vern —rechaza Vivian ante mi sorpresa y desconcierto—. Tenías razón. Así no podemos seguir, viéndonos sólo de cuando en cuando para hacer el amor y poco más.

—¿Y cómo piensas arreglarlo?

—Mi marido es el obstáculo, ¿no es así?

Se ha puesto en pie, apartándose de mi lado. La contemplo, confuso. ¿Adónde quiere ir a parar?

—Sí —admito.

—Hay una solución para eso —susurra con voz fría—: matarle...

CAPITULO IV

—Bromeabas el otro día, ¿verdad?

Mi pregunta rompe el silencio que ha invadido el interior del coche cuando he parado el motor, después de estacionar en el arcén de la carretera. Es de noche y en torno sólo se ven sombras, las negras siluetas esperpénticas de los árboles y la oscura gravilla del arcén que los faros iluminan. La luna es sólo una débil mancha pálida en el firmamento estrellado. A mi lado, Vivian suspira. Las luces del tablier arrancan lívidos reflejos en su piel dorada.

—¿Qué te hace suponer que bromeaba?

Me deja atónito. Sacudo la cabeza, aturdido.

—Pero... no habrás... No creo que hayas llegado a pensar en serio que...

—Llegué a pensarlo, sí.

Hace frío. No hace mucho que acabó el invierno y su presencia aún se nota, sobre todo por las noches. Pero no es eso lo que me provoca escalofríos. Es todo lo que se oculta tras sus palabras. Llenan de frío mi alma.

—No debiste pensarlo siquiera...

—¿Y cómo no hacerlo? —Se vuelve hacia mí para mirarme en la penumbra—. Es una posibilidad. La más fácil y rápida. La única, tal vez.

—¿No has vuelto a proponerle el divorcio?

—Lo hice —asiente con la cabeza, contemplando de nuevo la negra cinta de asfalto que forma la carretera—. Se rió, como siempre, y me replicó muy educadamente que olvidase ese tema, que sobre él no había nada que hablar.

—Ya veo...

Tengo las manos sobre el volante. Se aferran inconscientemente a él mientras yo buceo en mis propios pensamientos. Sombríos pensamientos que no terminan de gustarme, por desgracia.

No soy nadie para pedirle que lo abandone todo por mí. Sería ponerla en un callejón sin salida y yo no quiero eso. Pero matar a un hombre... No, tampoco. No soy un asesino... No... No lo soy.

Recuerdo Vietnam. ¿Cómo olvidar eso. Dios mío...? Allí maté. Y no era tan difícil matar.

Bastaba con apretar el gatillo y las balas hacían el resto. Recuerdo el silencio de las selvas, el asqueroso calor, las voces de los vietcongs por todos los lados, delante y detrás, a derecha y a izquierda, tan cerca que parecíamos a punto de tocarlos, pero allí no había nadie.

—¡Cuidado, Charlie!

Demasiado tarde. Una flecha le ha atravesado la garganta. Veo su gesto de horror, sus ojos desorbitados, la rígida, vibrante asta de la saeta, cuando retrocede y me mira. Cae la sangre, y yo sólo puedo mirar hipnotizado.

Allí está el maldito vietcong que le ha matado, corriendo entre la maleza. No le distingo, pero sé que es él. Me echo el fusil «M-16» a la cara. Trepida, desgranando fuego y muerte que bate la fronda selvática como un viento infernal. Charlie cae, vomitando sangre, y queda inmóvil. Sigo disparando en rededor, intentando parar esas risas que se oyen de repente por toda la jungla. Maldigo a esos hijos de puta. Mi razón se pierde y el rifle

quemara en mis manos, hasta que un compañero me obliga a soltarla.

—¡Noooo...! ¡Callaos, malditos! ¡Callaos! ¡Callaos! ¡Dejad mi cabeza en paz!

—Sería fácil, Vern —La suave voz de Vivian me devuelve a la realidad: esto no es Vietnam; eso ya pasó—. Tú podrías hacerlo... con esto...

Me enseña algo que ha sacado de su pequeño bolso de piel. Es una pistola. Una Beretta de poco calibre, que brilla como plata a las luces del salpicadero. La miro sin poder reaccionar. Mi mente es un vacío del que no consigo salir.

—La compré hace unos días —me informa en susurros, como si alguien inexistente estuviese escuchando—. Bastaría un disparo en el corazón...

Tomo con la diestra el arma mortal. Un disparo en el corazón... Sí, con eso sería suficiente. Y luego...

—La policía lo averiguaría.

—No —rechaza ella, poniendo su mano sobre mi brazo—. Tiraríamos el arma, la esconderíamos para que nunca la encontraran. Nadie sabría que fuimos nosotros. No tendrían pruebas.

—¿Y la bala? —observo entonces—. Con ella descubrirían qué tipo de arma se utilizó.

Incluso conocerían la distancia a que le dispararon, y el ángulo de tiro, con sólo examinar la herida. Reconstruirían los hechos con todo eso. Sabrían cómo estaba la víctima al recibir los disparos por la postura en que quedó al morir, y si intentásemos variarla también lo sabrían por las manchas de sangre, por su disposición. Y luego, tarde o temprano, averiguarían que tienes licencia de armas y que compraste una en tal tienda, que coincide con la del crimen. No, querida, olvídalo.

Se la devuelvo. Vivian parece alucinada tras mis palabras. Al parecer, no pensó en todo eso. Creía de verdad que con esconder el arma, con simular un robo o algo así, sería suficiente.

—¿Y si se ocultase el cadáver? —apunta otra posibilidad, mirando con obsesión el arma de plateados reflejos que sostiene en sus manos—. Si no se supiese que se ha cometido un crimen, no habría investigación.

Figuraría como «desaparecido» y la policía se limitaría a buscarle...

—Y al no encontrarle, sospecharían —Comienzo a sentirme molesto ante su insistencia—. No son tontos, cariño. Y de todas maneras sabrían que tú tienes un arma. Y

un amante... ¿Crees que hace falta algo más para que recelen, para que nos vigilen, en busca de un error? Y ese error vendría, sin ninguna duda.

Ella se frota las manos, nerviosa, después de guardar la pistola en su bolso de nuevo.

Me observa. Centellean sus ojos en la penumbra, como brasas de fuego azul, fijos en mí.

—¿Entonces qué hacemos?

Doy al contacto. Vamos a continuar la marcha hasta las montañas de San Rafael. No están lejos ya. Calculo que llegaremos a nuestro destino en poco menos de media hora. El motor ronronea suavemente.

—Nada.

—Pero...

No sigue. De pronto, calla, mientras regresamos al centro de la carretera y comenzamos a rodar a buena velocidad, y se encierra en su mutismo. No sé lo que piensa.

No puedo saberlo, ni quiero...

* * *

Hemos llegado. Aquí mismo, delante del automóvil, está la cabaña hecha a base de gruesos troncos de que me habló Vivian hace unos días, cuando sugirió que pasásemos el fin de semana lejos de Los Angeles y su espantoso bullicio, lejos del Beverly Hills frívolo e intrascendente donde ella vive, solos para encontrarnos a nosotros mismos. Me pareció entonces una buena idea, y aún sigue pareciéndomelo. Ella eligió el refugio de su difunto padre, donde éste se ocultaba del mundanal ruido durante meses enteros a veces para alejar de sí el stress, los problemas, los negocios... Y aquí estamos.

Vivian apenas ha hablado en las últimas veinte millas, salvo para indicarme el camino hasta aquí. Sigue inmersa en ese preocupante

silencio, turbada tal vez; incluso es posible que arrepentida de sus propios pensamientos.

—¿Es eso?

Señalo la pequeña construcción de troncos, hermosa como todas las cosas hechas con cariño y mimo, casi oculta en medio del bosque, como sin duda deseó que así fuera el señor Lander para que nadie viniese a molestarle. Ella asiente con un movimiento de su rubia cabeza. Está en muy buen estado, pese a la humedad y al abandono que debió apoderarse de ella tras la muerte de mister Lander, por lo menos en lo que mis ojos pueden contemplar desde fuera. Pero supongo que Vivian tendrá algo que ver en eso, pues en otra ocasión me explicó que a veces acudía allí, siguiendo la costumbre de su padre.

Salgo del coche y Vivian me imita. El frío me golpea con fuerza. La oscuridad sigue siendo absoluta, y cuando apago los proyectores, las sombras se apoderan de todo. Sólo distingo oscuros perfiles, siluetas inquietantes que parecen fieras agazapadas y que yo sé que sólo son arbustos. Se oye el viento silbando entre las copas de los árboles.

Nos dirigimos hacia la solitaria cabaña con paso medurado. Para un hombre como yo, intratable y poco social, un inadaptado sin remedio, la soledad de los bosques es como el agua para el sediento. Me siento en paz aquí. Incluso me sabe mal romper esta calma primordial que se respira y sustituirla por el humo del tabaco, pero no puedo impedirlo tampoco, así que me dejo llevar por el vicio y enciendo un cigarro. Ya habrá tiempo de aspirar las fragancias del bosque en otro momento...

Ofrezco uno a Vivian, pero lo rechaza con un gesto, justo cuando abre la recia puerta de madera con unas llaves que llevaba en el bolso. Ninguno de los dos decimos una palabra hasta que estamos dentro.

—Ya estamos en el refugio —suspira ella, saliendo por fin de su voluntario silencio, al mismo tiempo que da a un interruptor y una luz se enciende, para mi sorpresa, ya que no he visto tendido eléctrico por esta zona; pero lo comprendo en seguida: energía solar...

No se priva de nada Vivian para su comodidad... ¿Qué te parece?

Debo reconocer que estoy sorprendido. Esperaba otro ambiente, más degradado quizás, menos cuidado, en esta diminuta vivienda de ermitaño. Sin embargo, su aspecto no puede ser más acogedor y solemne al mismo tiempo. Mis ojos recorren su interior de un solo vistazo, ya que las cuatro paredes de troncos forman una única

estancia donde reina el orden y una limpieza poco común en sitios como éste: hay una pequeña cocina de

gas en una esquina, una cama al otro lado, armarios junto a la cocinita, un hogar con leña a punto... Incluso cuadros con motivos naturales, y un par de escopetas de cartuchos colgados de las paredes. Todo muy romántico. Ridículamente romántico, si se me permite decirlo, pero encantador. Es en realidad un auténtico refugio para los que huyen de la presión urbana, del agobio del asfalto.

—Perfecto —respondo, sonriendo—. Me gustaría tener algo parecido para escribir: un lugar apartado, solitario, pequeñito, donde poder trabajar tranquilo.

—No pienses ahora en el trabajo, ni en tus novelas —me reprocha Vivian, al mismo tiempo que prepara el fuego con el que combatir este frío más propio de un crudo invierno que de la primavera—. Aquí sólo existimos tú y yo. No hay nada más. El mundo ha reventado y somos los únicos supervivientes.

No digo nada. Sólo pienso. Pienso que tal vez sea una equivocación todo cuanto hacemos, que el tiempo nos ha arrastrado y ya es imposible retornar al pasado, por mucho que lo intentemos. ¿Por qué seguimos, entonces? No podemos estar seguros de que ese amor que una vez sentimos haya sobrevivido a la violencia del torbellino que son los años. Yo, más que amor, creo que en realidad lo que siento es el anhelo por recuperar algo que fue hermoso, por revivir los felices años de mi adolescencia. Y supongo que a Vivian le pasa lo mismo: con un marido como el suyo, con una vida tan vacía y frustrante, busca consuelo en el pasado, en mí. Es posible que crea de verdad estar enamorada de mí. Pero es sólo una ilusión, condimentada con la salsa de lo prohibido.

Crepita el fuego, lamiendo vorazmente la leña, y su resplandor rojizo se refleja en los ojos de Vivian. Me sonrío.

—¿Te gustaría que fuésemos de verdad los únicos en un mundo muerto? —pregunta—.

¿Te lo imaginas? Nosotros solos, sin límites para nuestro amor en una Tierra que debería comenzar de nuevo...

—Si te dijese que sí, estaría mintiendo —expulso el humo del cigarro casi con rabia—.

¿No te parece que ya es hora de que dejemos eso de que estalle el

mundo, de que tú y yo somos lo único importante y no importa que desaparezca todo lo demás? No me gusta, porque no es cierto. Hay cosas más importantes.

—¿Más que nosotros? —parece dolida cuando se acerca a mí; dolida y sorprendida por mi tono seco y hasta algo agresivo—. ¿Más que nuestro amor?

—Sí, cariño —mi gesto se dulcifica—. Sólo somos un hombre y una mujer. Nada más, ni nada menos. El amor no hace mejor ni peor a una persona, y pensar de otra manera es egoísmo o locura. No seamos egoístas.

Llora en silencio, abrazada a mi con toda su alma. Son lágrimas de furor e impotencia mal contenidas las que brotan de sus ojos, mientras se estremece. Sabe que tengo razón.

—Seríamos tan felices, Vernie... —suspira, con un sollozo ahogado—. Tan felices si él...

¡Oh, Dios mío, llegué a desear su muerte! Hubiese sido capaz de asesinarle si tú me hubieras dicho que sí... ¡Te quiero tanto! No dejes que vuelva a pensar en ello. Por el Cielo, no me dejes...

La estrecho más contra mi torso. No... No permitiré que siga concibiendo locuras, que en su alma se desaten deseos de muerte. Lo impediré con mis caricias, fingiendo un amor que acabó hace muchos años, que se consumió en sus brasas, si es necesario. Trataré de amarla, porque a pesar de todo todavía siento algo profundo por ella.

—¿Existe el crimen perfecto?

Sonrío de nuevo, sin soltarla.

—No, pero tampoco existe la policía perfecta. También ellos son hombres, nada más.

—Tú hubieras sabido cómo hacerlo, ¿verdad?

Recuerdo Vietnam...

—Sí.

CAPITULO V

Si alguien me preguntase en este momento qué es lo que más deseo, no dudaría en darle un puñetazo. Tal vez no sirva para gran cosa, y

probablemente no sólo no me ayudaría a librarme de mis problemas sino que me crearía más, pero al menos me desahogaría. Durante unos instantes, al menos, habría algo de orden en mis sentimientos y no sería todo un caos interminable y absurdo. Sería un espejismo, lo sé, y volvería al instante el caos, pero también es cierto que es el único remedio que conozco contra la depresión, aparte de lo que ahora mismo estoy haciendo: es decir, empaparme de whisky bourbon hasta la médula, sin saborearlo apenas. Es curioso lo poco que duran las botellas cuando uno más las necesita. Bebes una, dos, tres copas... y cuando quieres darte cuenta, ya no queda nada y sigues igual, pero con más sed, con la boca pastosa y la mirada turbia.

¡Ja! ¿Y los cigarrillos? Es entonces cuando te percatas de lo malos que son, de la auténtica porquería que llegan a meterte en la boca.

Mal vas a acabar, viejo compañero, como sigas así. Suelta la botella o dentro de poco estarás tan borracho que ni siquiera recordarás quién eres. Será mejor que intente despejarme, que duerma...

¿Dormir? Pero si es lo único que he hecho en los últimos días. Beber y dormir, dormir y beber, agitarme en pesadillas que ni siquiera recuerdo y remojar de vez en cuando el gaznate con bourbon... Llevo ya casi dos meses sin escribir una sola línea. Me resulta imposible concentrarme, enfocar mis pensamientos hacia la novela que empecé, y mucho más lograr concretar situaciones, sentimientos, caracteres, tal vez porque ni siquiera puedo hacerlo con mi propia vida. Todo sigue confuso fuera y dentro de mí. Es una sensación de ansiedad y al mismo tiempo de vacío total la que me oprime, la que me lleva día a día a abandonarme ante esta extraña crisis depresiva.

¡Bah! Eres un cobarde, Vernon Chandler: eso es lo que te pasa. Lo eres, y ni siquiera tienes voluntad para reconocerlo. Si lo hicieras, no estarías aquí mascullando tus penas en soledad, no haría falta que las metieses en el interior de una botella. Estás lleno de fobias y obsesiones, de fantasmas que te persiguen y a los que apenas podías dominar. Y el regreso de Vivian los ha desatado, ¿verdad? Ahora ya no puedes con ellos... No puedes...

Bonito gato... Siempre estás a mi lado, ¿no es cierto, «Best»? Incluso ahora mismo, aunque a veces me da la impresión que te daría igual estar al otro lado de la ciudad, mientras tuvieses la barriga bien llena. ¿Sabes por qué te tengo conmigo? Porque te envidio. Desearía poder hacer lo mismo que tú: tirarme todo el día enroscado en el sofá y preocuparme tan sólo por atraer la atención del lastimoso idiota que es mi «amo» con algunos tímidos ronroneos cuando tuviese hambre,

no inquietarme por nada que no sea yo mismo, estar en realidad tan lejos como si andase por la otra cara de la luna. Como tú ahora mismo...

Acaricio a «Best», dormido en apariencia junto a mí. Ni se inmuta... Sabe que esto no es un bosque, ni las calles de Los Angeles; aquí no hay nada que le amenace. Y está acostumbrado a sentir sobre sí la manaza de quien le alimenta. No le molesta y, por lo tanto, la soporta, aunque la mayoría de las veces tampoco le haga mucha gracia.

A veces pienso que, pese a su apariencia mefistofélica, es la criatura más sincera y fiel que se ha cruzado en mi vida, el mejor amigo que nunca he tenido, callado y discreto, con

el que puedo hablar sin temor, porque nunca me escucha. Es huraño y antipático como él solo, pero no me arrepiento del día en que, siendo sólo un cachorro esmirriado, medio desfallecido de hambre y de pánico —tanto que me dejó las manos señaladas con sus uñas— lo encontré en un oscuro callejón y decidí llevármelo, impulsado por una ternura que no creía poseer. De eso hace ya un par de años, y creo que es lo mejor que me pasó en mucho tiempo. Ahora es un magnífico ejemplar de la abundancia burguesa, cosa que yo nunca seré, aunque no se puede decir que paso apuros económicos o que soy un fracasado.

Me levanto del sofá con un gruñido. «Best» se despierta y me mira fijamente con sus ojos verdes, como preguntándose qué es lo que voy a hacer ahora. Bostezo ruidosamente, sin ningún tipo de inhibición, y me estiro casi con desesperación en un esfuerzo por desen-tumecer los músculos después de tanta inactividad. Siento en mi cabeza los vapores del alcohol, aunque en ningún momento he llegado a estar ebrio. Siempre me he mantenido extrañamente lúcido, en un continuo estado de sopor físico que no llegó a cristalizar en borrachera, por mucho que lo intentaba. Toco mi rostro; llevo varios días sin afeitarme, sin ducharme siquiera, sin cambiarme de ropa. Debo tener un aspecto horrible. No me extraña que «Best» me mire así.

Me pesan los pies. Parece como si tuviera un bloque de hielo en el estómago. Al pensar en ello, mi cabeza gira. Siento ganas de vomitar... Estoy peor de lo que pensaba, no cabe duda. No me había sentido así desde aquel día en que, siendo muy pequeño, me caí por las escaleras y perdí el conocimiento. Tengo arcadas, pero lo único que sale es un hedor insoportable a whisky.

Me desvisto con dificultad, entro en el baño y no dudo un momento en meterme bajo la ducha. El agua fría me devuelve a la vida. Es un

alivio para mi pobre cuerpo dolorido. Sé que si continúo con esta actitud caeré enfermo de verdad y terminaré convertido en una pobre alma atormentada, en un espectro idiota y sin mente de lo que ahora soy, encadenado siempre a una botella.

Cuando salgo, lo único que me pongo son los pantalones, y me tambaleo más que camino hacia la cocina. Se ha apoderado de mí una ansiedad casi delirante por alejar las brumas de mi mente, por recuperarme y salir de este abismo en el que me he hundido.

Preparo algo de café y lo tomo sin azúcar ni nada, de un solo trago. Sigue en mi boca el sabor del bourbon, a pesar de todo, como desafiándome. Tomo otro vaso, esta vez con una buena carga de sal. Y otro...

Vomito en el fregadero, y todo lo que echo es líquido... Toso después. Mi estómago se queja con violentas contracciones. Estoy seguro de que tengo fiebre. Por lo menos, de lo que sí estoy seguro es de que me estoy helando.

¿Cómo he podido caer en esto? ¿Es suficiente excusa, acaso, que lleve más de un mes sin tener noticias de Vivian? ¿Es posible que ésa sea la razón, y no otra? ¿No deseaba acaso librarme de ella para dejar de sentirme culpable? ¿Por qué entonces me siento tan vacío?

Sí. Vernon, con ella han vuelto los fantasmas. Y ahora te da miedo quedarte a solas con ellos, porque te atormentan, se burlan de ti, te matan poco a poco, como tú intentaste matarlos. Quieren sumergirte en el olvido, y sólo Vivian puede sacarte de él. Por eso dependes de ella, la necesitas... Quieras o no, es verdad. El pasado ha vuelto; ya no puedo

librarme de él.

Me pongo ropa limpia apresuradamente. La última vez que la vi me dijo que por nada del mundo renunciaría a mí, que me necesitaba con desesperación. Es posible que haya cambiado de opinión. Los seres humanos somos así: caprichosos, inconstantes; nunca sabemos dónde está la realidad, y mucho menos dónde estamos nosotros mismos. Tal vez piense que lo mejor es olvidarnos mutuamente, hacer de nuestro reencuentro un sueño que nunca se cumplió.

El teléfono...

Está sonando. Su zumbido retumba en mi cerebro. Lo miro. ¿Será ella...? Sigue sonando.

No sé por qué, pero he sentido un escalofrío al oírlo. Tal vez no debería atender la llamada. Intuyo algo terrible...

A pesar de todo, me acerco al aparato, que continúa con sus intermitentes alaridos, y lo descuelgo, acompañado siempre por esa sensación de temor aparentemente sin fundamento. Trago saliva y mi voz suena quebrada, extraña incluso para mí.

—Vernon Chandler al aparato. Dígame...

—¿Vernie...? ¿Eres tú, Vern?

Contengo el aliento. Sí, es ella. Aunque distorsionada y metálica, reconozco su voz.

—¿Vivian? ¿Qué sucede?

—¡Oh, Vern...! —oigo un sollozo al otro lado, que me alarma—. Ha ocurrido una tragedia... Ven pronto; te necesito a mi lado...

¡Está llorando!

—Pero... ¿Qué ha pasado?

—No me preguntes, Vern... No... No lo sé. Estoy tan confundida como tú y yo... yo...

—¡Está bien! —intento tranquilizarme—, ¿Dónde estás?

—En mi casa.

—Estaré ahí dentro de unos minutos —aseguro y cuelgo el aparato, sin esperar a que ella diga nada. Permanezco unos segundos inmóvil, mirando el teléfono, preguntándome qué demonios pasará. No alcanzo a imaginarlo.

Termino de vestirme y salgo del apartamento sin afeitarme siquiera. Una tragedia...

¿Qué debe entender por «una tragedia»? ¿Se habrá incendiado tal vez su linda y costosa mansión de Beverly Hills? ¿Habrán bajado los valores de la Bolsa? ¿Ha muerto Robert Redford? ¿O acaso es hoy su cumpleaños? No, que yo recuerde no es hoy.

No debería ser tan cáustico, pero tampoco puedo evitarlo. Se me han desatado los ácidos, como siempre que bebo demasiado, y por algún lado tienen que salir si no quiero que me taladren el estómago. Me

duele todo el cuerpo... y ella encima tira del cordel para que vaya allí después de tenerme más de un mes tirado como si no sirviera para nada. Es para hundirle la moral a cualquiera... Tengo a veces la impresión de que está jugando conmigo.

Se abren las puertas del ascensor al llegar al piso 18. Está vacío, aunque por poco tiempo: décimas de segundo después, yo estoy dentro y tras de mí se cierran las gruesas hojas de vidrio y metal, pulso un botón que se ilumina al presionarlo y comienza el descenso. Son dieciocho pisos, aburrimiento y, como fondo, el agónico quejido del ascensor al bajar. Mi mente queda en blanco durante esos instantes, incapaz de pensar en nada.

Cuando dejo el edificio me doy cuenta de lo tarde, que es. No tardará en anochecer.

Durante estos días no tenía noción del tiempo, no me preocupaba la hora que fuese, ni lo que sucediese en el mundo que seguía viviendo allá afuera. Quise desconectarme de todo y lo conseguí, al parecer. Ahora sé que fue una estupidez.

Todavía no me explico lo que me pasó, quizá porque aún me duran los efectos. Estuve atontado, enajenado hasta lo absurdo. Me derrumbé física y moralmente, sin ninguna causa especial que lo justifique. Pero no debería extrañarme, pues tampoco es la primera vez que me sucede.

Mi coche está aparcado muy cerca; siempre lo dejo fuera, en lugar de ocupar su lugar reservado en el aparcamiento subterráneo. No tardo en acomodarme en su interior, dar el contacto, meter la primera, soltar el embrague y pisar el acelerador para incorporarme al tráfico. Un vehículo detrás de mí toca el claxon, pero no le hago caso y acelero aún más. El cielo comienza a teñirse de rojo sobre Los Angeles. Arrugo el ceño. Mi preocupación aumenta, y comienzo a preguntarme de verdad qué es lo que me espera en las elegantes avenidas de Beverly Hills.

* * *

¿Qué hace aquí la policía?

Giran las luces de los coches patrulla estacionados junto al hogar de los Barness. Hay gran revuelo en torno: agentes, periodistas, curiosos... Todos interesa dos en lo que sucede. Reconozco a algunos, vecinos todos ellos de los Barness.

Detengo el coche algo más allá, en Sicomore Road, frente a los setos y alamedas que envuelven las residencias y bungalows, ya en plena colina. Esto es Hollywood... o lo que queda de ello. Detrás, Los Angeles es un festón luminoso, una radiante ascua que ha comenzado a brillar con el crepúsculo.

Los temores crecen dentro de mí. La presencia de la policía frente a la finca de los Barness parece confirmarlos. No sé si lo mejor sería ignorarlo todo y marcharme. Pero...

no, es mejor averiguar la verdad, por mucho que duela, aunque ésta sea tan cruda que cambie mi vida por completo.

Me dirijo hacia allí con paso resuelto. Hay montones de agentes de azul, de periodistas que incluso intentan traspasar el cordón policial para internarse en la casa. Todo indica que ha ocurrido algo gordo. No quiero ni imaginar qué puede haber sido.

Trago saliva cuando distingo la siniestra figura de un furgón fúnebre entre los vehículos estacionados. Oigo el aleteo diabólico de la Muerte. No, es el murmullo de los curiosos que contemplan a la máquina de la Ley, que aguardan expectantes atraídos por el morbo.

Sin embargo, hay algo más, lo sé, aparte de los comentarios ininteligibles de estos hombres y mujeres adorados por los americanos y que son capaces de pagar desorbitadas sumas de dinero por tener aquí su residencia, a menudo temporal tan sólo. Como en Vietnam, aquí duran los ecos de la violencia, de la muerte...

Me acerco a un reportero gráfico que está tomando fotografías del lugar para ilustrar

las páginas de su periódico con detalles que ninguna palabra del mundo podría describir con toda exactitud. Unos hombres salen de la casa. Llevan una camilla, pero la persona que transportan tiene el rostro cubierto. Los murmullos arrecian. Los flashes inundan la noche. El fotógrafo que tengo a mi lado presiona el botón de su cámara como enloquecido, busca ángulos inverosímiles, intenta acercarse todo lo que le permite la policía. Yo sigo a la figura tendida con la mirada, hasta que se pierde en el interior del furgón.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto al fotógrafo entonces, con voz asombrosamente clara.

Me mira de reojo, dejando por un momento su cámara. No deja de mascar chicle mientras me responde:

—¿No lo ha visto, amigo? —señala el furgón con un gesto—. Han matado a un hombre.

—¿A quién?

Aprieto los dientes. No debí hacer esa pregunta.

—Creo que se llamaba Barness —contesta el fotógrafo, sin advertir mi súbita palidez, encogiéndose de hombros y con el chicle todavía en su boca—. Un tipo famoso, forrado de dólares... Eso no le sirve de nada donde está ahora, y ni todo el oro del mundo podrá sacarle de allí...

Vivian...

¿Por qué?

Me marcho antes de que mi informador termine de hablar. Mi cabeza parece a punto de estallar en cualquier momento. Barness... muerto. No puedo, no quiero creer que ella haya sido capaz de algo semejante. Sin embargo, huyo. Dejo atrás las luces, las voces, el horror, y regreso a mi coche como alucinado, arrastrando casi los pies por la acera.

CAPITULO VI

Dejo el periódico a un lado, preocupado, y oculto el rostro entre las manos. Estoy aturdido. No sé qué pensar ya de todo esto. Es posible que haya sido Vivian, sí, pero también pueden ser aprensiones mías, una simple coincidencia y nada más.

He comprado toda la prensa diaria de la ciudad, desde el *Tribune* hasta *Los Angeles News*, pasando por toda clase de periódicos del estado de California entero donde se publica algo sobre el crimen. Todos los diarios de información general —e incluso algún otro deportivo que el avisado vendedor me ha endosado— están a mis pies, arrugados y releídos. Según la mayoría de ellos, la policía se inclina de momento por el intento frustrado de robo, descubierto por Barness, al que los ladrones eliminaron a tiros. Sin embargo, yo sé que la cosa no va a quedar aquí, en meras suposiciones. El muerto no es un vagabundo, ni una prostituta. Habrá presiones sobre los que se ocupen del caso, una investigación exhaustiva para esclarecerlo, porque si no rodarán cabezas.

¿Y qué...? Si de verdad ha sido un ladrón asustado el asesino y Vivian no tiene nada que ver, poco debo preocuparme. Y estoy seguro de que ella no puede haber sido. Sería demasiado estúpido por su parte utilizar el mismo plan que yo destripé, a menos... A menos que mis palabras hubiesen servido como guía sobre lo que no debía hacer.

Entonces, ella sí pudo cometer el asesinato, después de haberle dado yo unos involuntarios consejos...

No... Estoy desquiciando las cosas. Resulta impensable tamaña locura. Ella nunca sería capaz de disparar un arma, de matar a sangre fría. Nunca... Y, sin embargo, también yo me creía incapaz de matar, y en oriente tuve que hacerlo, en nombre de unos ideales que entonces consideraba justos. Y es que matar es tan fácil, tan ridículamente simple...

Debo estar seguro...

Debo averiguar si ha sido ella...

* * *

Un cementerio...

Siempre me han puesto nervioso estos lugares. Huelen a muerte, a

tragedia, a olvido.

Desde pequeño tuve miedo a las lápidas, a las grandes cruces de mármol, a los sepulcros.

Me causaba verdadero horror la corrupción de los camposantos, el hedor fétido de la tierra donde se descomponen los cadáveres, y aún hoy siento escalofríos cuando entro en ellos, como ahora.

Tengo que reconocer, empero, que no hay nada de siniestro en éste. Es una auténtica necrópolis de lujo, una ciudad dedicada a la Muerte que, sin duda, muchos desearían ocupar en vida. Un cementerio para caprichosos, para gentes que ven algo lúdico en comprar una cripta de mármol blanco que acoja sus huesos con comodidad. Una horrenda mentira, sí, pero impresionante, grandilocuente, resplandeciente, «digna de re-

yes».

Resulta extraño que Vivian haya elegido un lugar como éste para que reposen los restos mortales de su infortunado marido. Pero, por otra parte, resulta lógico que quiera lo mejor. Y lo mejor, sin duda, debe ser esto...

Está teniendo lugar el entierro. Nadie llora. Ni siquiera Vivian, aunque sus hermosas facciones están pálidas como la cera y parecen reflejar un sufrimiento atroz. No hay lágrimas para Frederick Barness entre los que contemplan la inhumación, amigos, socios del difunto... e incluso es posible que alguna de las mujeres que descubro fuera su amante. Tal vez en el fondo no las merezca. No sé, ni tampoco quiero juzgar a quien nunca conocí.

La voz del sacerdote que oficia la ceremonia se eleva sobre el suave susurro del viento, rebota en las impolutas, rígidas estatuas de inexpresivos ángeles blancos que vigilan las tumbas. Los demás guardan respetuoso silencio, pero yo escucho los gritos de burlones espectros que discuten dentro de mí, y parecen tan reales como si de verdad los oyera.

«Fue ella...»

«No, no pudo hacerlo...»

«Cogió la pistola y...»

«Fue fácil para ella...»

«No era la misma pistola...»

«¿Y qué? Pudo comprar otra.»

«¡Cuidado! ¡Nos atacan!»

«No te preocupes, Vernon. Esos amarillos son estúpidos. Acabaremos con ellos y ni siquiera se darán cuenta...»

¡No fue ella!

¿Es que estoy enloqueciendo? ¿Por qué no paran? ¿Por qué mi cabeza se llena de voces que no existen, que no pueden existir? Sí, ésa debe ser la respuesta: tal vez estoy loco, tal vez siempre lo estuve.

Me pregunto quién es esa mujer que contempla la escena desde lejos, como yo mismo, inmóvil entre las pálidas siluetas de los panteones y sepulcros. No creo conocerla, aunque quizás me equivoque. No, no la conozco... No estaba en la casa de los Barness aquella noche en que conocí al marido de mi antiguo amor, ni la vi antes de ahora. Y, sin embargo, no está aquí como simple espectadora. Forma parte del drama y lo sé, pero no tengo ni idea del lugar donde encaja. Y está aquí, en este cementerio.

—¿Conocía al difunto?

Me vuelvo para encararme con la persona que ha hecho tal pregunta, sorprendido. Se ha acercado mucho hasta mí sin que yo llegase a oírle, y ahora está casi a mi lado, fumando y con la mirada fija en el sepelio. Es un hombre robusto y más alto que yo mismo, de cabellos rubios y rostro inescrutable. Debe tener unos cincuenta años, pero parece fuerte como un roble. No le había visto nunca antes.

—Sí, llegué a conocerle —contesto—. Nos vimos sólo una vez, pero creo que es suficiente para que sienta su pérdida, sobre todo por el duelo de su viuda.

—¿La conoce también a ella?

No me ha mirado siquiera al hacer la pregunta. Parece interesado en la mujer que sigue la ceremonia desde lejos. Continúa allí, como una estatua, absorta tal vez en oscuros

pensamientos.

—Así es —me pongo en guardia ante esta especie de interrogatorio—,

¿Y usted?

Esta vez sí me observa, advirtiéndome mi tono. Sonríe de medio lado.

—No tuve el gusto —confiesa—. Me ha tocado conocerle ahora que está muerto. Pero, después de todo, eso forma parte de mi trabajo. Permita que me presente: teniente Corrigan, de Homicidios.

¡Policía!

Intento aparentar naturalidad. Después de todo, yo no soy el asesino. De eso sí que estoy totalmente seguro.

—Vernon Chandler, escritor —me presento también, aceptando su mano tendida—.

No sabía que la policía acudiese también a los entierros de sus «casos». ¿Viene a dar el pésame a la viuda, quizás?

Ha captado la ironía en mi voz.

—Si se tercia... —se encoge de hombros—. Este es el mejor modo de averiguar cuáles eran los círculos por los que se movía la víctima. Y en este caso veo que no podían ser más selectos.

—Sí, lo son... Aquí está la flor y nata de Los Angeles, como puede ver. Espero que no piense que entre ellos puede estar su presa.

—¿Mi presa...?

—El asesino, por supuesto —aclaró—. Porque supongo que es a él a quien buscan...

¿Espera hallarlo aquí?

Vuelve a sonreír de medio lado, a lo Bogart.

—Es posible.

Noto el sudor bajo mis ropas, helándose cada vez que una ráfaga de aire me azota.

Parece ridículo, lo sé, pero el temor sigue ahí. La presencia del policía lo hace más tangible, más real que nunca.

—¿Sospecha acaso de alguien?

—Siempre hay sospechosos en un asesinato —es su respuesta—. Docenas y docenas de sospechosos. Y más en uno como éste. Cualquiera podría haberlo matado: sus socios, algún competidor, una amante desechada, su mujer...

Tiemblo al oír eso. No caigo en la tentación de encender un cigarrillo para tranquilizarme, pues notaría mi nerviosismo.

—Creí que las investigaciones se centraban en la posibilidad de que se tratase de un robo frustrado...

—Y así es... por ahora.

—¿No cree en esa posibilidad?

—Las posibilidades no existen; sólo hay hechos. Y no importa lo que yo crea ante los hechos.

—¿Eso lo dijo Sherlock Holmes?

Ignora mi ironía una vez más. Eso es lo que pretendo, pues así poco a poco me ignorará a mí.

—¿Cuánto hace que conoce a miss Barness?

Su pregunta llega al mismo tiempo que el lujoso ataúd de caoba descende con lentitud en la fosa. Sigue oyéndose la voz del sacerdote, recitando pasajes de la Biblia. La

desconocida mujer llora en soledad, y son las suyas las únicas lágrimas que se derraman en este día.

—¿Es ella una sospechosa?

—No... por ahora.

—Entonces pregúnteme cuando lo sea.

* * *

—¿Es que has dejado de quererme, amor? ¿Te cansaste ya de tu pequeña Gwendy?

—¿Por qué dices eso? —inquiero.

—No te hagas el tonto, cariño —sonríe con hiriente sorna—. Llevas meses sin venir a ver a tu pequeña, sin preocuparte por ella. Y ahora

vienes, por fin. como si no hubiera pasado nada, acordándote repentinamente de que existo.

—Nunca nos hemos pedido explicaciones, Gwen —recuerdo, incorporándome en el lecho—. ¿Será ésta acaso la primera vez?

—No, cariño —se echa a reír, estirándose al mismo tiempo voluptuosamente entre las sábanas—. Sólo estaba un poquito enfadada. No debes dejarme tanto tiempo sola; añoro tus caricias...

La observo. Rubia, joven, hermosísima... Esa es Gwendolyn, la atractiva, dinámica y escultural Gwendolyn. Un huracán de pasión, una tormenta de alegría y ganas de vivir, alocada y ardiente, mimosa como una gatita y feroz como una tigresa, desnuda bajo las re vueltas sábanas. Estar con ella es una inyección de vi da, es ver un rayo de sol en la oscuridad.

—¿Por qué me miras así?

—Por nada —suspiro—. Me estaba preguntando cuál es tu secreto, pero sé que no existe tal.

—¿Qué secreto?

—Olvidalo —sacudo la cabeza—. Era una tontería.

—¿Por qué no me cuentas lo que te pasa? Te haría mucho bien.

—Tal vez no te guste lo que oirás.

—Prueba...

Acepto el reto. Le cuento lo que ocurrió hace años, cuando yo era un universitario decepcionante, el regreso de ese pasado casi olvidado hace meses, lo que ha sucedido hace apenas unas horas... Me escucha con atención, sin apartar sus ojos de mí. No sé cuáles son sus pensamientos. Ni siquiera sé por qué estoy hablando tanto, pero creo que lo necesito y ella así lo ha entendido. Por eso no me interrumpe.

—Resumiendo: que estás lleno de dudas y recelos... ¿no es así?

Corroboro sus deducciones con un gruñido. Así de desconcertante es esta chica de poco más de veinte años, modelo de profesión, a la que le gustan los helados y las películas de terror: a veces es ingenua como una chiquilla y otras tiene más juicio que yo; a veces resulta irritante y otras adorable. Supongo que fue eso lo que me hechizó al

conocerla.

—Pero... ¿sigues... enamorado de ella?

—No lo sé —casi me echo a reír—. Eso es lo peor de todo: que no lo sé. Si lo supiera, todo sería más fácil.

—¿Has pensado en contar esto a la policía?

—¿Contar qué? —me vuelvo hacia ella—, ¿Que ella estaba dispuesta a matar a su marido por mí? ¿Echar todas las culpas sobre ella sin evidencias? No, gracias; sería una rata si hiciera tal cosa.

—¿Y vas a estar royéndote a ti mismo hasta que la policía descubra la verdad?

—¿Qué puedo hacer, si no?

—¿Quieres evidencias? Encuéntralas tú —Acaricia mi espalda—. Pregúntaselo a ella...

CAPITULO VII

Está aquí, como supuse.

Hice bien en venir. Sabía que tarde o temprano volvería al cementerio y la he estado esperando durante días, vigilando la entrada de este lugar sagrado desde el interior de mi coche horas y horas enteras para verla aparecer; intentando siempre matar el aburrimiento con la radio, leyendo periódicos, comiendo hamburguesas y palomitas. Han entrado y salido muchas personas durante estos días, pero no me ha costado reconocerla.

Es ella, no cabe duda. Es la misma mujer que estaba en el entierro de Barness, la única que demostró dolor ante su muerte.

Acaba de entrar. Yo hago lo mismo, aguantando mi repulsión, internándome en este mundo de brillante mármol y mortal silencio. Sé adónde va... o, al menos, lo imagino.

Sonríó al comprobar que no me equivoco. Se ha detenido ante la tumba de Barness. Ha dejado sobre ella, sobre la blanquísima lápida, un ramo de rosas rojas, después de apartar las flores que alguien puso hace días, ya marchitas, y contempla en silencio la gran cruz que guarda los restos del difunto esposo de Vivian. No parece haberse dado cuenta de mi presencia.

Espero. El tiempo no me importa. Sólo busco unas respuestas, y las hallaré sea como sea. Unas respuestas que tal vez esa mujer pueda darme, como me las dio Vivian hace unos días. Pienso, y el tiempo sigue sin importar...

* * *

Bajé del Ford cuando supe que faltaban apenas unos kilómetros para llegar al refugio de Lander. Miré el reloj; eran las cuatro de la tarde, y el bosque presentaba un aspecto muy diferente al que me acogió la primera noche que estuve en San Rafael. No había sombras fantasmagóricas entre los árboles, ni el frío era tan intenso.

Caminé sin prisas a lo largo del camino de tierra que lleva hasta la pequeña cabaña.

Había recientes huellas de neumáticos en la arena. Un automóvil había pasado por allí no hacía mucho, y sólo podía ser el de Vivian. Unas horas antes, había llamado por teléfono a su casa y su doncella me avisó que se había marchado. No quiso decirme dónde, pero lo supuse, igual que intuí que sin duda me estaba esperando.

Encendí un cigarrillo. Gwen tenía razón: no podía permanecer quieto mientras poco a poco todo se iba desmoronando a mi alrededor. No estaba seguro de nada, y era inútil engañarse diciendo que ella no pudo ser quien mató a Frederick Barness, porque sí pudo hacerlo. Tenía que saber la verdad.

Tardé varios minutos en alcanzar a ver las paredes de troncos en medio del bosque.

Más que nunca, la cabaña me pareció sacada de una vieja película del Oeste, con su aire apacible y a la vez salvaje. Sólo el pequeño Opel de importación que había en el camino rompía esa sensación de estar en otro tiempo, en otro siglo.

Suspiré y seguí adelante. Cuando llegué a la altura del Opel miré en su interior a través

de la cerrada ventanilla. Sí, era el suyo. Vivian estaba allí, sabía que yo iba a venir, que la buscaría, y prefirió que nos encontrásemos en aquel lugar idílico, de romántico ensueño.

Luego, no paré hasta encontrarme ante la puerta de madera de la cabaña, midiendo instintivamente cada uno de mis movimientos. Me detuve, tiré la colilla, encendí otro cigarrillo, miré la puerta...

La puerta se abrió entonces, con suave roce de goznes engrasados. Al otro lado, Vivian sonreía y me miraba.

—Hola, querido...

No llevaba luto. Su escotada blusa negra no era un símbolo de duelo, y desde luego tampoco los ceñidos jeans. No tenía ante mí la dolorida y pálida viuda que vi en el cementerio, sino todo lo contrario.

No dije nada hasta que estuve dentro. Ella se colgó de mi cuello y comenzó a besarme.

No la rechacé. Sin embargo, tampoco puse demasiado énfasis en mis caricias. Nos miramos a los ojos durante unos instantes, como intentando leer nuestros mutuos pensamientos.

De nuevo sentí que me hallaba a siglos de distancia, perdido en la noche de los tiempos, lejos del mundo que yo conocía. Aquella casa... Aquella paz... ¡Qué fácil hubiera sido olvidarlo todo, ser feliz al lado de aquella mujer, sin preguntar, sin debatirme entre mis dudas! Pero no...

—No pareces muy entristecida por la muerte de tu marido.

Solté aquello de sopetón, como un plomo. Imaginaba las consecuencias, que no tardaron en producirse. Vivian abrió mucho los ojos, dejó de sonreír y me soltó, dándome la espalda.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con sequedad.

—Sólo eso —me encogí de hombros, llevando de nuevo el pitillo a mis labios, fumando con estudiada calma—: que tu aspecto no es el de una viuda llorosa. Ni siquiera el de una mujer que ha perdido a un ser querido.

Se volvió hacia mí. No había ira en su mirada, y sí únicamente una amarga decepción que se convertía en sarcasmo al brotar por su boca.

—¿Preferirías que tuviese ese aspecto?

—Al menos, sería más natural.

—¿Natural? —jadeó, indignada—. ¿Fingir es natural? ¿Llorar por alguien al que llegué a despreciar es natural?

—No, supongo que no.

Bajé la cabeza, con la sensación de que me había pillado los dedos con mi propia trampa. Sin embargo, lo disimulé con un largo silencio.

—Sé lo que piensas —su voz era dura, acusadora casi—. Tu sola presencia te delata.

Crees que fui yo quien le mató, ¿verdad? Por eso has venido.

La sensación era entonces más fuerte.

—¿Fuiste tú?

— ¡No! —estalló—. ¿Tienes bastante con eso?

—Sí.

Cada uno se hundió durante unos momentos en sus meditaciones, sin atrevernos a romper la barrera de hielo que había entre nosotros. Me senté en una vieja pero

cómoda silla de madera, sin dejar de mirarla.

—Le había dejado, Vern —confesó al cabo de un rato—. Estuve unos días fuera de casa, inventándome una excusa tonta. Quería estar sola, pensar... Por eso no te llamé: necesitaba estar segura de mis sentimientos, saber qué era de verdad lo que más deseaba... Me instalé en un hotel, y fue allí desde donde te llamé al saber...

—Entonces... ¿quién fue?

—¿Cómo voy a saberlo? —se aferró las manos, nerviosa—. Nunca supe nada sobre Frederick. Nunca me contaba sus cosas. Si tenía enemigos, lo mantuvo en secreto. El era así: siempre misterioso, siempre callado y muy celoso de todo lo que fuera su pasado.

Recordé algo.

—¿Sabes si tenía alguna amante?

—No lo sé —me miró, interesada—. ¿Por qué lo preguntas?

Las once de la mañana.

Hace calor y yo maldigo entre dientes a los fantasmagóricos duendes que se ocultan bajo la tierra corrompida de este cementerio. Podrá ser todo lo costoso y pudiente que quieran, pero acabo de ver una asquerosa rata entre las lápidas corriendo sobre la tierra y el mármol.

No hay ni una nube en el cielo; sólo ese bendito sol que arranca destellos en las placas donde se pueden leer los nombres de los propietarios de las tumbas.

La mujer se da la vuelta, con la cabeza baja. Disimulo ante la gruesa cruz que remata una de las tumbas, cubierta por una losa de mármol, sin perderla de vista. Pasa delante de mí sin mirarme. Está llorando. Tiene las mejillas empapadas y trata de secarlas con sus propias manos, mientras se aleja.

La sigo con cautela. No puedo evitar sentirme como un personaje de mis novelas, o como el protagonista de un viejo relato de *hard-boiled*, de esos que aparecían hace muchos años en las revistas *pulp*. Dashiell Hammet viene a mi memoria y sonrío. Yo uno de los violentos héroes de Hammet... ¡Qué locura!

Salimos del cementerio; ella delante; yo, tras ella. Mientras entra en su coche, yo corro hacia el mío, abro la puerta... La veo marchar en dirección contraria al lugar donde está mi automóvil, hago la maniobra correspondiente con cautela y me coloco tras ella, a cierta distancia. Comienza así la persecución a través de las transitadas calles de Los Angeles. Atiendo a los mandos del coche al mismo tiempo que vigilo cada movimiento del otro, con todo el sigilo de que soy capaz para que no me descubra y dé esquinazo. Nunca había hecho nada parecido; soy escritor, no un sabueso, pero supongo que tampoco ella debe estar acostumbrada a que un coche la siga.

Nos dirigimos hacia el centro de la ciudad, a través de calles y más calles. No parece tener mucha prisa por llegar a su destino. Va a moderada velocidad por vías anchas y de varios carriles, sin semáforos. Cualquiera diría que hay policías detrás de cada valla publicitaria, esperando como buitres que nos saltemos los límites de velocidad...

Conecto la radio, sin perder de vista el automóvil de la mujer. Música de moda llena la cabina. Música trepidante, contagiosa, saliendo del altavoz. No presto mucha atención. El coche de delante reclama todo mi interés.

Va a estacionar. Ha puesto el intermitente de la derecha y reducido la velocidad. Paso a su lado, sin pisar el freno. El reflejo del retrovisor interior me permite ver aún sus acciones. Se va a meter en el parking subterráneo de un edificio. La puerta de metal se

abre por control remoto, mientras yo me detengo junto a la acera.

Cuando salgo, el automóvil al que sigo ya se ha perdido en las entrañas de cemento del rascacielos, y las puertas del aparcamiento privado se cierran. Me desespero. No sé su nombre, no sé en qué piso vive... ¿Ahora qué hago?

Me siento de nuevo en el Ford y desconecto la radio. Vamos a ver si ahora mi imaginación me sirve de algo... Sólo espero que todo esto valga la pena y no lo esté haciendo por nada. Estaría bueno que me devanase los sesos para hacer el más espantoso de los ridículos.

Tengo una súbita idea, que no tardo en poner en práctica. Dirijo mis pasos hasta la entrada del bloque. Es un gran edificio de apartamentos, como aquel en que yo vivo, una inmensa colmena de cemento y acero, la vivienda del futuro, que ya es presente en muchas ciudades de los Estados Unidos. Su interior está protegido con complejos sistemas electrónicos de seguridad, desde alarmas contra incendios hasta un circuito cerrado de televisión que vigila constantemente corredores, escaleras, ascensores... Conozco la historia. Veo al guardia jurado desde las puertas de cristal, observando los monitores que tiene ante sí.

Entro, decidido, como si ya conociera el camino. El vigilante me mira con recelo, como supongo que debe mirar a todo el que no conoce, pero no me detiene, pues tampoco tiene un motivo para impedirme el paso. Le saludo. Supongo que seguirá mis andanzas con las cámaras. Bien, no importa.

De soslayo, observo las luces que saltan de número en número sobre las puertas de uno de los ascensores. Me dirijo hacia el otro, que está detenido. Ambos cruzan el edificio de arriba abajo, desde el último piso hasta el parking. Pulso el botón de llamada y las puertas se abren. Aún observo aquellas luces, que se detienen en el décimo piso.

Perfecto.

Ya sólo falta averiguar cuál es su puerta...

Subo con rapidez, aparentando en todo momento naturalidad. Como suponía, también hay cámaras aquí dentro. Los únicos sitios no vigilados son los apartamentos. Todo lo demás no escapa a los inhumanos ojos de la electrónica, los mismos que ahora me miran a mí. Las puertas se abren de nuevo, para dejarme salir.

No consigo esquivar al tipo que se precipita sobre mí. Su brazo me golpea en el hombro mientras entra y soy yo el que murmura una disculpa por una torpeza que desde luego no ha sido mía. El hombre

no dice nada. Apenas le miro con atención, pues mis pensamientos están a lo largo del pasillo, en las puertas cerradas. Mi proceder ha sido instintivo.

Olvido al instante el incidente. Otras cosas ocupan mi mente.

No tengo ni idea de dónde puede vivir esa mujer... Puede ser cualquiera de esas puertas numeradas. O ninguna, si era otra la persona que ocupaba el ascensor. Estoy como al principio, maldita sea. Pero al menos intentaré averiguarlo y, si no lo consigo, esperaré cuanto haga falta ante el edificio, tal como hice en el cementerio. O, mejor, iré a algún Centro de Informática, conectaré con los computadores de la empresa que construyó esto y así sabré quién vive aquí. Tal vez es lo que debería estar haciendo ahora, en lugar de jugar a Starsky y Hutch.

Hay una puerta abierta. La hoja está entornada apenas, como si alguien hubiese

olvidado cerrarla del todo por las prisas. Me encamino hacia allí, sin titubeos, igual que si desde el primer momento ése fuera mi destino. Tal vez tenga suerte y no meta el remo.

La abro del todo.

¡Dios!

Muerte... Muerte y horror... arrastrándose, silbando entre los muebles caídos, aullando como un alma en pena por los rincones, sin importarle todo lo que deja detrás... El shock es muy fuerte. En ningún momento creí que fuera a encontrarme con algo semejante. No estaba preparado para... para *esto*...

No me fijo en el desorden, en los destrozos que alguien ha causado en toda la casa.

Sólo puedo ver lo que tengo ante mis ojos. La sangre... Una demencial danza carmesí flotando delante de mí, salpicándolo todo horriblemente... Y la mujer...

Muerta.

Degollada.

Demudado, cierro de golpe la puerta. Me apoyo en ella, tembloroso, cubierto de sudor.

Lucho por no mirar, sintiendo un vacío doloroso en el estómago, que casi me llega hasta la garganta. La sangre todavía brota a borbotones por la horrenda herida que abre su cuello de oreja a oreja, manchando todo el recibidor de rojo. Es un espectáculo repugnante...

Paso la mano por mi frente. El cadáver está muy cerca de la entrada, tendida de espaldas sobre las baldosas y con la blusa totalmente cubierta de sangre. Muy cerca de su diestra están las llaves del apartamento, como si la Muerte la hubiera sorprendido cuando entraba, surgiendo tras ella desde donde estoy ahora yo. Intento tranquilizarme y respiro hondo. No consigo recordar cómo era el hombre con el que me tropecé antes. Tal vez el vigilante le haya visto mejor, porque no me cabe duda de que ya ha salido del edificio.

Me acucillo junto a la muchacha muerta. Trago saliva, horrorizado. El corte ha sido perfecto, digno de un matarife. Ha seccionado su yugular con una facilidad profesional, de un solo tajo, con un arma afiladísima, cortante como una navaja de afeitar.

Pegado a la pared, paso al living... o a lo que a primera vista debería ser tal. Muebles volcados, cristales rotos, sillones acuchillados mostrando su interior, cajones abiertos y tirados por el suelo junto a todo su contenido... Todo parece la obra de un loco. No ha quedado nada en pie. Lo único que queda en rededor es destrucción, vandalismo, furia asesina...

También el teléfono está en el suelo, descolgado y emitiendo sus monocordes, intermitentes pitidos. Cojo el auricular, suspiro y comienzo a teclear el número más famoso y utilizado de Los Angeles: el de la policía.

CAPITULO VIII

—¿Qué demonios hacía aquí, Chandler?

—Investigar,

El teniente Corrigan me observa, receloso. Sus hombres recorren toda la vivienda sacando fotografías, tomando notas, cogiendo objetos para ser analizados en el laboratorio. En el suelo del pasillo, junto a la entrada, hay dibujada una silueta humana, que señala el lugar y la postura en que cayó muerta la dueña del piso. Todavía quedan manchas oscuras en las baldosas, que yo no me atrevo a mirar.

—Esa es tarea nuestra —comenta el policía, con visible mal humor—. Interferir en un asunto de la policía es delito. Y usted se ha

interferido...

—Su «asunto» es el asesinato de Barness —puntualizo, súbitamente inspirado—. Yo en eso no me he metido. No me interesa su asesinato, puesto que ya se ocupan ustedes de él, sino su vida. Soy amigo de su viuda, recuérdelo, y es lógico que me interese todo lo que pueda herirla: la presencia de esta mujer en el entierro, por ejemplo... Debía existir un motivo, y eso era lo que buscaba; no creo que sea un delito.

—Es usted muy listo, Chandler —gruñe—. Demasiado listo. Y piensa rápido, no cabe duda. Ni siquiera ha necesitado un abogado para salir del paso. Ha dicho justo lo que tenía que decir, sin ayuda de ningún maldito picapleitos.

Sonríó para mis adentros. Después de todo, mis estudios en la universidad me han servido para algo, después de tantos años.

—De todos modos, tendrá que acompañarme a la comisaría. Supongo que, siendo tan inteligente, se habrá dado cuenta de que usted es el principal sospechoso de este homicidio, además del misterioso individuo que asegura haber visto.

—Lo sé.

Delicado asunto éste en el que he ido a meterme, maldita sea.

—El testimonio del guarda jurado le salva de ir acusado formalmente... por ahora. El también vio a ese tipo, al entrar y al salir, y eso es lo único que me impide ponerle las esposas y leerle sus derechos. Sin embargo, tenga cuidado; es un hilo muy fino lo que le separa de la cárcel.

—Tendré en cuenta sus consejos.

Me mira con una sonrisa burlona.

—Ah, por si le interesa: la muerta se llama Lorena Danvers. Y, si, tenía como amante al desaparecido señor Barness. Todo esto estaba a su nombre, desde los cuadros hasta las vajillas. Como ve, podía haberse ahorrado las molestias llamándome, y ahora no estaría aquí, metido en esta desagradable situación.

Sonríó también, encogiéndome de hombros.

—*C'est la vie*, teniente... *C'est la vie*...

Soy un estúpido.

* * *

—¿Sospechoso de asesinato?

Su risa, suave, cantarina como el repiqueteo de una campana de cristal, atraviesa mi cerebro como una lanza. Sé que no es su deseo, pero me hiere.

—No le veo la gracia, Gwen —resoplo.

—Pues la tiene, cariño —asegura ella, conteniéndose para no continuar riendo—. Has intentado resolver un asesinato a lo Sam Spade, y lo único que conseguiste es verte mezclado en otro. Esto parece una de tus novelas... La única diferencia es que no eres tú el dueño de la situación, sino los acontecimientos. Resulta irónico, por otro lado.

—Sí, tal vez más adelante me lo parezca, pero por ahora sigo sin verle la gracia a todo este asunto. Y mucho menos la supuesta ironía. No puedo quitarme de la cabeza a esa pobre chica... Degollada, Gwen. Degollada. No creo que su recuerdo me deje dormir tranquilo.

—Por favor, querido, deja los detalles...

Ha palidecido.

—Perdona —suspiro—. Creí que no te impresionaría. Después de haber visto tantas películas de terror, pensé que...

—Te equivocaste —me interrumpe—. La sangre me da pánico. Cada vez que me hago una herida, estoy a punto de desmayarme. Me impresiona mucho, de verdad. Tal vez por eso me gusta tanto el género del terror: el morbo y todo eso, ya sabes.

Asiento con la cabeza, mecánicamente. Gwen se sienta a mi lado, frente al televisor encendido, que ninguno de los dos miramos.

—¿Te quedarás a cenar?

La noche ha caído ya. Puedo verlo a través de las cerradas puertas de cristal que dan al balcón. Miles de inmóviles luciérnagas parecen empeñadas en llenar de luz la ciudad, que brilla envuelta en una aureola roja y dorada.

—Me gustaría, pero...

—Estupendo —ríe de nuevo, sin dejarme terminar—, tendré la comida lista en un periquete.

Se marcha a la cocina, dejándome solo. Es una criatura deliciosa. Lástima que con ella nunca se pueda ir en serio. Es demasiado libre, demasiado independiente... Se lo toma todo como una aventura, como un juego en el que no quiere llegar a aburrirse. Y nuestra relación es eso: una aventura constante, que nunca sabemos cómo va a terminar.

Sí que sabemos cómo empezó, empero; con un tácito acuerdo entre nosotros: ninguna obligación, ninguna explicación... Hasta ahora, hemos sido fieles a eso. Nuestras ansias de libertad no se han visto truncadas en ningún momento, ni por uno ni por otro. Ella me pidió que así fuera desde el primer día, y yo acepté, aliviado en cierto modo.

Vivian, en cambio, me quiere sólo para ella. Y yo no podría soportar que fuera de otro modo. No con Vivian... Me es imposible imaginármela en los brazos de otro hombre sin sentir una helada garra en mi pecho.

No escucho el programa. Tampoco parece muy sugestivo, ésa es la verdad. Hablan de política, de acciones de gobierno, en un reportaje monográfico. Eso ya es suficiente como para quitarme todo el interés. Dejé de preocuparme la política cuando me vi rodeado de muerte y locura en Oriente por los caprichos de esos mismos señores que todavía se pasean por Washington. Después de aquello, nunca más creí en ellos ni en sus palabras.

Cojo el mando a distancia y busco en otros canales de emisión. Uno: una película de Fred Astaire. Dos: el *show* de Johnny Carson. Tres: un cortometraje pornográfico. Cuatro: un anuncio publicitario. Cinco: otra vez el *show* de Johnny Carson. Seis: otro anuncio.

Siete: un reportaje sobre el cubismo. Ocho: sigue el *show* de Johnny Carson. Nueve: un concierto de Vivaldi... ¿Vivaldi? Bien, no hay mucho donde elegir: o eso, o Carson. Al menos, que haya música en el ambiente.

—Vamos a ver si he entendido bien —Gwen aparece por la puerta de la cocina ataviada con un pequeño y curioso delantal, el entrecejo fruncido—: Tienes relaciones con un antiguo amor de adolescente, ahora convertida en toda una señora; esa señora te propone asesinar a su marido y, meses más tarde, éste aparece muerto a balazos en su propia casa; todo parece indicar que ha sido un robo, pero tú no estás

tan convencido y llegas a sospechar de ella. Hasta ahí, voy bien. Donde me pierdo es en lo que viene después. ¿Resulta que el muerto, el marido de la señora, también tenía un lío?

—Sí.

Todo se llena con la música de Vivaldi, pero la voz de Gwendolyn es clara, rumorosa y cristalina como el agua de un río. Una vez más, me sorprendo de su extraordinario parecido físico con Norma Baker, la adorada Marilyn. La primera vez que la vi me dejó boquiabierto. Naturalmente, explota ese parecido.

—Y esa chica también ha sido asesinada... ¡Uf, qué lío! ¿No serán crímenes pasionales?

Quiero decir: tal vez la señora sí sabía que su marido la engañaba, y decidió matarlos a los dos, enloquecida de rabia y despecho.

Eso más bien parece el guión de una película mala.

—¿Y yo qué pintaría en esa situación? —me pongo en pie, inquieto—. No tiene sentido que vuelva a mí sólo para decirme que va a matar a su marido. No, no creo que haya sido ella.

—¡Vaya! —exclama Gwen, sorprendida—, ¡Por fin empiezas a salir de tus dudas!

¡Aleluya! ¿Y quién crees que ha sido, según tú?

—Eso quisiera saber.

* * *

—Me gustaría saberlo, Vern.

Acabo de decirle todo lo relacionado con Lorena Danvers, la muchacha que fue asesinada a pocos metros de mí. Vivian no sabía siquiera que existía. Sabía, eso sí, que su marido no le era fiel, pero eran únicamente sospechas alimentadas a base de pequeños detalles.

—Supongo que un hombre de negocios debe tener muchos enemigos —apunto como posibilidad—; tal vez alguno de ellos decidiera que era mejor apartar de su camino a Barness...

—Frederick no era un hombre de negocios —niega Vivian con la cabeza, apartándose de «Best», que pasa a su lado como un bólido de Fórmula-1—; no era presidente de ninguna compañía, ni ocupaba un

cargo ejecutivo en ellas. Tenía un buen paquete de acciones de todas ellas, pero eso era todo. Las empresas son mías, aunque no estén en mis manos, sino en las de hombres de mi entera confianza. Si alguien decidiera eliminar a

un competidor, debería acabar conmigo, para así iniciar una grave crisis que acabaría con la desintegración del imperio Lander.

—Entiendo...

—Por favor, Vern —coge mi mano y me obliga a tenderme en el sofá —, dejemos de hablar de eso. Me da escalofríos. Pensemos sólo en nosotros.

Se ha colocado sobre mí. Me besa una y otra vez; en el cuello, en las mejillas, en los labios, en la frente, en la barbilla... Yo acaricio sus cabellos.

—Qué lejos de mí has estado estas semanas... —murmura junto a mi oído—. Cómo deseaba que estuvieras a mi lado, igual que ahora, para amarnos hasta quedar exhaustos.

Con una mano, baja la fina prenda azul sin tirantes que lleva puesta y sus bronceados senos quedan libres. Se aprieta más a mí. Advierte mi rigidez, mi pasividad, y me mira, interrogantes sus ojos azules.

—No puedo dejarlo. Vivian —gruño, escapando de su abrazo y poniéndome en pie con brusquedad—. ¿Es que no lo entiendes? Se ha convertido en un asunto personal. Si no encuentran al verdadero asesino, las culpas caerán sobre mí. Y... —miro a Vivian, repentinamente alarmado—. ¿Te han seguido?

Ella abre mucho los ojos.

—No... No creo...

Lanzo una maldición.

—Espérame aquí.

—Como quieras, cariño —suspira, ocultando de nuevo sus encantos bajo la tela azul—.

¿Tardarás mucho en volver?

Me pongo una *blue-jacket* sobre la camisa arremangada.

—No lo sé.

—¿Y qué hago yo aquí? ¿Aburrirme?

Miro a «Best». No para de brincar y correr como un endemoniado tras una pelota de tenis a la que no consigue atrapar con sus zarpas. Arma un estrépito insoportable, pero a mí siempre me hace gracia verle así.

—Juega con el gato. Tal vez así os hagáis grandes amigos.

—El se divierte muy bien solo —protesta.

Enarco una ceja, observándola con interés.

—¿Sabes escribir a máquina?

—Sí.

—Coge la mía. Está en mi despacho. Allí también hay folios y un montón de hojas manuscritas. Pásalas a máquina, si quieres. O ponte a ver la «tele». O léete alguno de los libros de la biblioteca. Lo importante es que no salgas de aquí para nada. Quiero saber si la policía está junto al edificio.

No espero su respuesta. Un momento después, estoy fuera, aunque a dieciocho pisos de distancia de la salida. Quizás, después de todo, me estoy volviendo un maníaco obsesivo, pero supongo que es normal que la policía vigile a los posibles implicados en un asesinato: es decir, a mí, en este caso. O a Vivian. Tal vez ella también esté en la lista de Corrigan. Es lo más probable...

Desde luego, hoy no es mi día. Ni éste es mi año, al parecer. Por si no tenía bastante con la visita de mi agente esta mañana, anunciándome que ya tengo varias ofertas

editoriales para mi próxima novela, que sigue sin avanzar, además se presenta Vivian en mi casa, probablemente trayendo tras ella a los sabuesos de Corrigan. No sólo no consigo concentrarme en la historia, sino que encima debo aguantar en mis espaldas a toda la

«pasma» de Los Angeles, buscando un culpable para un par de asesinatos de los que yo no sé nada.

Salgo a la calle. No hay mucho tráfico. Un semáforo cercano cambia a *Walk*. Hay varios automóviles estacionados a ambos lados de la vía. Los miró uno a uno mientras enciendo un *Winston* con parsimonia. Sí,

están ahí... Policías, podría jurarlo. Dos tipos en una limousine. Veo también, muy cerca, el Opel de Vivian. Y mi propio coche.

Voy hacia él. Si de verdad son policías, de nada servirá lo que pueda hacer. Pero, ¿por qué me lo estoy tomando tan a la tremenda? Ni ella ni yo somos culpables de nada. Y

visitar a un amigo no es un crimen, después de todo.

Entro en el coche. Hace calor. La gente camina en mangas de camisa, por la acera. Una muchacha con shorts rojos me sonríe cuando pasa junto a mi vehículo, patinando alegremente. Le devuelvo la sonrisa. *Los Angeles Lakers* juegan esta tarde en su campo, y ya debe haber comenzado el partido. Los receptores de radio proliferan por doquier.

Miro por el retrovisor. Lo muevo hasta enfocar directamente la limousine y a los hombres de su interior. Me están observando. En cuanto me mueva, se pegarán a mi rueda.

¿Qué es eso? Un chirrido de ruedas en el asfalto... ¿Qué hace ese loco? Ha derrapado...

¡No, viene... viene hacia aquí! El morro del coche apunta hacia donde estoy yo, y no frena...

¡Cuidado, Vernon!

¿Es la voz de Charlie? ¿O la de mi muerte, que se burla de mí...? Charlie no puede ser...

Salto hacia el otro asiento, agarrándome a la piel del respaldo como si allí estuviera mi salvación. El impacto es terrible. Cruje el metal, malherido. La sacudida me envía violentamente contra la otra puerta y el dolor aparece, mientras todo estalla a mi lado.

Veo sangre en mi diestra... Mi cabeza choca contra el cristal lateral y un velo rojo cubre mis ojos.

¿Ya ha terminado todo? Sólo oigo un zumbido aterrador en mi pobre cabeza aturdida.

Parecen transcurrir eternidades de inmovilidad y dolor, hasta que me doy cuenta de que sigo vivo. Lucho contra la puerta y logro abrirla, y cuando salgo lo hago tambaleándome y me tengo que sujetar a mi propio destrozado automóvil para no caerme.

—¡Policía, deténgase!

Un hombre corre a lo largo de la hilera de coches estacionados. Intenta llegar a uno que le espera con el motor en marcha y una de las puertas abiertas a tan sólo unos metros.

Oigo un disparo, y una voz le insta a detenerse, pero el hombre sigue corriendo. Varias personas se acercan a mí. Un nuevo estampido... y el fugitivo cae fulminado en medio de la carretera. El coche que le esperaba se aleja con seco aullido de neumáticos y, un momento después, otro coche le persigue: la limousine.

Alguien me ayuda...

—¿Se encuentra bien?

CAPITULO IX

—Sí, teniente. Me encuentro perfectamente, se lo aseguro.

Toco el vendaje de mi mano derecha. He tenido suerte, pese a todo, saliendo con algunas magulladuras y cortes de lo que podía haber sido mi funeral. Sólo estoy... un poco mareado, pero ya pasará. El otro tipo no tuvo tanta suerte.

—No debe confiarse, Chandler —me advierte el oficial de Homicidios—. Sería mejor que fuera a un hospital cuanto antes. El riesgo de lesiones internas es muy grande.

—Y yo estoy de acuerdo con él, Vern —añade Vivian, levantando el apósito que cubre una brecha encima de mi ceja para ver la herida—. Deberías ir...

—No —es mi respuesta—. Estoy bien, de verdad. Sírvese lo que guste, teniente —Señalo el mueble bar—. Hay whisky, ginebra, vino...

—¿Español?

Me encojo de hombros.

—Eso dice en la etiqueta.

—Entonces, olvidaré por un momento que estoy de servicio —sonríe Corrigan, dirigiéndose hacia las botellas—. Supongo que esto le habrá enseñado que no se debe jugar con ciertas cosas, si de verdad se estima la propia piel.

—¿Qué quiere decir?

—El individuo que hoy ha intentado matarle coincide con la descripción que el guardia jurado del Edificio Kearson nos hizo del supuesto asesino de Lorena Danvers; su nombre era Barnaby Marholm, aunque sus amigos le llamaban Boy, y ya no nos puede quedar la menor duda de que fue él quien la mató. No tuvimos la duda en ningún momento, pero ahora menos que nunca.

Suspiro, aliviado.

—¿Y por qué la mató?

—Por el mismo motivo por el que ha estado a punto de morir usted —saborea el vino como un auténtico gourmet—: órdenes... Barnaby Marholm no era un loco, ni un maniaco sexual; trabajaba para alguien, y ese «alguien» dictó su sentencia de muerte cuando se enteró de que usted había visto a Marholm poco después de morir la Danvers.

No quiso correr riesgos...

Debí suponer algo parecido.

—¿Y quién es ese «alguien»?

—Si lo supiera, ya tendría el caso resuelto. Sin embargo, no es así, aunque tenemos una ligera idea de cuál es el camino a seguir. No mataron a la Danvers por capricho, eso está claro: tal vez buscaban algo en su apartamento, o quizás la Danvers sabía demasiado, como sin duda temen que sepa usted. Supongo, señora

Barness, que ya conocerá la relación que esa señorita tenía con su difunto esposo...

Vivian se estremece.

—¿Qué tiene que ver...?

—Mucho —Bebe otro sorbo de su vaso, mientras echa una ojeada de admiración a cuanto tiene alrededor—. Lorena Danvers murió por eso. Y probablemente los mismos que la mataron a ella ya habían acabado antes con su marido. Hay gente que nunca

perdona, señora Barness, y su marido se ganó las iras de personas muy poderosas. No sé qué hizo su marido, pero tampoco creo que importe mucho.

Se acerca a Vivian, con el vaso de vino todavía en su mano, a medio consumir. Esto se está poniendo interesante. Parece que, al fin y al cabo, ni ella ni yo tenemos la culpa de nada...

—Usted no supo nunca con quién se había casado —prosigue, y yo escucho con toda atención—, Nosotros tampoco lo supimos hasta que se me ocurrió buscar datos sobre Frederick Barness. No hallamos nada, por supuesto, porque Frederick Barness *nunca existió*. ¿Me cree, señora? ¿Tal vez ya lo sospechaba? Veo que sí. Por el contrario, el que siempre existió —aunque muchas veces se le dio por muerto— fue Richard Barness, aventurero, estafador y presunto implicado en varios crímenes «de sangre» de los que siempre salió absuelto: desapareció hace años, sin dejar rastro. Un simple cambio de nombre —Richard, Richi, Ricky, Frederick— y Richard Barness se convirtió en una persona importante, casado con una de las mujeres más ricas y hermosas de los Estados Unidos, manejando millones de dólares con una sola mano. El mayor logro de toda su historia.

Miró a Vivian. Estaba temblando.

—Barness y Lorena ya se conocían mucho antes de que usted entrase en el juego de engaños y mentiras que él utilizó. Y ya entonces tenía problemas con la mafia. Se creó muchos enemigos durante su vida, y seguramente aún más cuando consiguió lo que quería. Tal vez molestó a personas a las que es mejor dejar en paz...

»Averiguamos todo esto mediante nuestros archivos. Lo demás, no resulta difícil imaginarlo; los resultados los tenemos ahí: dos asesinatos... Uno, con todo el aspecto de un robo frustrado, y el otro como la obra de un loco. Sabíamos que intentarían un tercero y por eso le seguimos, Chandler; la tentativa de atentar contra usted, ha confirmado la realidad de nuestras sospechas. Le debíamos una explicación, y aquí la tiene.

—Me alegro de haber quedado con vida para oírla —rezongo—, ¿Quiere eso decir que no tardarán en descubrir quién está detrás de todo?

—Necesitamos pruebas, Chandler —suspira el policía—, Pruebas que aún no tenemos.

Tardaremos, pero estoy seguro de que las hallaremos. Mientras, lo mejor sería que se marchase, cuanto más lejos mejor.

—¿Marcharme?

Vivian no reacciona de ninguna manera ante las sorprendentes revelaciones del teniente Corrigan. Tal vez sea cierto que sospechaba algo, o quizás ya no le importa nada que se refiera a Frederick Barness.

—Está en juego su vida, Chandler.

* * *

Ya está decidido: iré a París...

Nunca he salido de los Estados Unidos, y la mayor parte de mi vida la he pasado en Los Angeles, azotado por la brisa marina y por los cálidos rayos del sol californiano, aparte de ocasionales viajes a Nueva York, Atlanta, Dallas... a causa siempre de mis compromisos profesionales. La única vez que salí fue para liarme a tiros en el continente asiático. Ya va

siendo hora de que visite la vieja Europa...

Tengo los billetes de avión, y he reservado habitación en un hotel parisino. Y digo «los billetes» porque Vivian quiere acompañarme. Ha prometido enseñarme todas las maravillas de la capital francesa. Ahora mismo debe estar preparando el equipaje, pues mañana partimos, en plena madrugada.

No he querido esperar en mi apartamento. Ya que las horas pasan, creo casi un deber despedirme de todo cuanto ha formado parte de mi vida hasta ahora. Me llevo conmigo muchas cosas: mis libros, mi máquina de escribir, mi ropa interior, el cepillo de dientes... y a «Best», por supuesto, que echará pestes cuando le metan en el avión dentro de una caja. Y muchas más vendrán conmigo con el tiempo. Sin embargo, hay cosas que se quedan aquí, que no puedo llevarlas a París: recuerdos, proyectos, momentos inolvidables...

Gwen me dijo adiós con un beso apasionado, y estuvo a punto de llorar cuando aseguré que volvería pronto. No dije adónde iba, por supuesto. Nadie debe saber dónde me encuentro hasta que todo aquí esté solucionado y mi vida no peligre. Habrá quien diga que he huido, pero no me importa. Si continuara en Los

Angeles sería hombre muerto, y no pienso arriesgar mi pellejo por hacerme el valiente; las balas no rebotan en la carne humana.

Good bye, Los Angeles... Te echaré de menos, aunque no demasiado.

Salgo del coche que he alquilado para recorrer la ciudad en estas últimas horas, un Chevrolet azul con una franja roja en cada costado. Aquí termina mi andadura: en las montañas de San Rafael, delante de una pequeña cabaña de madera... Quisiera llevarme algún recuerdo de este lugar, pues cada vez mis deseos de poseer algo semejante para trabajar son mayores.

Abro la puerta. Ayer le sustraje hábilmente la llave a Vivian, y con ella la cerradura deja de ser un problema. Vivian no sabe que estoy aquí. La verdad es que hasta hace unas horas ni siquiera había pensado seriamente en venir. Fue una locura de última hora.

Enciendo la luz. La sencilla lámpara del techo hiende como una espada las sombras y me permite ver con claridad el interior del «refugio». La cocinita, el lecho, los cuadros, las escopetas... Probablemente tarde mucho en contemplar de nuevo esta encantadora casita. Miro mi reloj. Se está haciendo tarde. El viaje hasta San Rafael es largo.

Demasiado, para quien tiene prisa, como yo ahora mismo. Aunque todavía quedan algunas horas, mejor que no me duerma.

No hay muchas cosas entre las que elegir. Una escopeta no, por supuesto... ¿Un cuadro, tal vez? Sí, quizás... Me acerco a los pequeños armarios que hay junto a la cocina.

Dentro sólo hay vasos, platos, cubiertos, un montón de bolsitas de azúcar, café, té... un par de botellas de leche y...

¿Qué es esto?

Unos papeles de periódicos, envolviendo algo. Reconozco las páginas del *News*, uno de los diarios más importantes de Los Angeles. Son las que comentaban la violenta muerte de Frederick Barness, las mismas que yo leí al día siguiente del suceso. Cojo el bulto, extrañado. La dureza de lo que envuelven me arranca escalofríos. Aparto las arrugadas hojas, dejando libre lo que ocultan.

Un revólver...

Lo miro, alucinado, sintiendo que mi piel se hiela. Un revólver negro, calibre 22, el mismo calibre que tenían los proyectiles que mataron a Barness... Le faltan tres balas... y tres fueron las balas que acabaron con Barness... ¡Dios mío!

—No, no puede ser...

Lo examino con más detenimiento. El arma tiene dos letras grabadas en la culata: R.B.

Dos marcas hechas sin duda con la punta de un cuchillo, o una navaja.

R. B.

Richard Barnes...

El revólver de Richard Barnes... Ni siquiera la policía sabía que existía. O, por lo menos, no lo dijeron. Sin embargo, Vivian al parecer sí lo sabía, y la ocultó en la cabaña, un lugar donde nadie la encontraría jamás.

Ella le mató.

No es una locura pensar que de algún modo averiguó la verdad sobre su marido. Y al saber quién era, imaginó que habría muchas personas interesadas en eliminarle, muchas personas sobre las que caerían las culpas si moría. Tenía también el arma. Un arma que no era suya, sino de él...

Ella le mató. Por mí, por nuestro amor... Tal vez, en el fondo, yo sea más culpable que ella.

Guardo el revólver en mi chaqueta y camino pesadamente hacia la salida. Quizás, después de todo, no vaya a París...

F I N

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España